JAVIER LEÓN

Ama hasta que te duela

2ª EDICIÓN

nowtilus EDITORIAL

JAVIER LEÓN

Ama hasta que te duela

2ª EDICIÓN

nowos EDITORIAL

JAVIER LEÓN

AMA HASTA QUE TE DUELA

“Ama hasta que te duela.
Si te duele es buena señal”
Teresa de Calcuta
“Os amo como hay que amar:
con exceso, con locura, arrebato
y desesperación”.
Julie de Lespinasse
“No puedes forzar el amor.
No puedes manipularlo,
no puedes dirigirlo.
Todo lo que puedes hacer es abrirte a él”
Osho

INTRODUCCIÓN

Hay piedras que caen en el agua produciendo ondas estéticas, perfectas. La piedra se hunde pero las ondas se expanden hasta el infinito. Estos escritos, dejando escapar la piedra hasta el fondo, que no deja de ser en sí misma una auténtica declaración de amor, habla de las ondas que el amor produce en nuestras vidas. De esos terremotos emocionales que nos agitan y nos transforman, dando pistas sobre las virtudes que deben acompañar al acto de amar. Sin pretender espiritualizar al mismo, pero a sabiendas de que el cuerpo se espiritualiza constantemente con altos ideales y con lentas procesiones sobre la siempre increíble realidad.

Es un libro que no trata de teorías sobre el amor ideal, el amor divino, el amor celestial, ni del amor como mero sentimentalismo. Tampoco pretende ser un

tratado psicológico sobre el amor, tan de moda en estos días. Más bien parte de una inspiración cosmológica, en palabras de Ortega y Gasset. Un amor humano, del amor que se siente en las carnes, que se sufre, que duele. Un amor que aspira a comprender al verdadero Amor. Un amor que pretende poder abrazar lo más sublime de lo que somos, de lo que debemos ser, sin que eso sea algo pasajero o escurridizo. Por eso cada página, cada relato, es una enseñanza de la vida, una savia que ha nacido del tronco de la experiencia y el dolor. De forma sentida, a veces desde la amargura y otras desde la más intensa felicidad, pero siempre desde el apetito por la belleza y su infinito proceso hacia la perfección.

Pretende, además, ser un libro que nos llene de esperanza y revelación hacia los paisajes que dibujamos en nuestras mentes. Pero no una esperanza leída, sino recibida, entregada desde la sinceridad y el amor

concebido. Que nos acompañe en los momentos de soledad, que nos de aliento y nos conduzca hasta la esencia de la vida cuando su sentido haya sido abandonado o perdido. Parte primero de la usanza del gerundio, con relatos henchidos, acompañados de pequeñas glosas teóricas que nos sirven de guía y luz para entender esas cosas que nos pasan en el amor y que muchas veces escapan a nuestra razón.

Quizás resulte extraño o atrevido hablar del amor en un mundo donde la propia palabra ya parece presuntuosa, trasnochada o pasajera. Un mundo que carece de cultura del amor, que ha certificado la muerte de los dioses y ha sacralizado a la máquina, al dinero y también a eso que ahora andamos llamando la red. Un tiempo en que se confunde el sexo y el enamoramiento con el amor, cuando en verdad estos son instrumentos del mismo. Realmente ha sido difícil en un momento tan material hablar de

algo tan sutil, tan espiritual, por llamarlo de alguna forma. Pero también es un momento de crisis, y por lo tanto, una oportunidad para retomar valores que deberían acompañarnos y guiarnos siempre como personas y humanidad.

Ese Amor que es una herejía, una utopía por venir, algo que ya no está de moda. Me refiero al Amor que pretende entrega, que mira al otro por encima de nuestros intereses, que se sacrifica, que muere por salvar al ser amado de cualquier abismo, que duele, porque el amor tiene sus días pero también sus noches. Y a veces ese dolor, esa muerte es incomprensible y se torna locura para el que no lo ha vivido.

Amar sin poseer, amar sin hacer de tu vida, su vida, como nos decía el poeta. Es como un abrazo posible en un lugar fuera de cualquier lugar y un tiempo fuera de cualquier tiempo. El amor puede expresarse, de hecho, siempre lo hace, pero pronto se

contamina por los ruidos mentales, por los miedos, por la sinrazón, por la inseguridad, por la angustia, por los celos. Restando espacios a la transparencia, a la claridad, a la plenitud.

Amar es difícil. No estamos preparados para ello, no se nos educa para ello. Y por eso desconfiamos y tenemos miedo. El amor que atrapa no es amor. Sólo el amor silencioso, el que se escurre por entre los dedos, que salpica a cuanto llega y que es capaz de transformar es verdadero amor. Amar es seguir nuestro corazón, que es el que nos arrastra irremediablemente hacia el camino de la felicidad. El mismo que nos arrastró a los abismos del razonar para entender de forma ordenada todo esto del amor. Y la conclusión siempre es la misma: no se puede razonar el amor. Sólo se puede sentir, experimentar. El amor es una experiencia compartida, y aquí, en estas letras, hay algo de ella.

NOSCE TE IPSUM

No podemos conocer el amor si no nos conocemos a nosotros mismos, nosotros los conocedores, como nos decía Nietzsche. Realmente resulta lo más difícil de todo, y el amor, o el mundo de pareja como una de sus manifestaciones, puede ser un campo increíble de conocimiento, no tan sólo de placer o dolor.

Vagamos por la vida de forma inconsciente, actuando de manera ciega e instintiva y engañados, como nos decía Jung, por las ilusiones exteriores. Sólo en la excelencia de la noche, en la oscuridad de nuestras vidas, la sombra no existe, por eso, el conocerse a sí mismo requiere de un proceso de vaciado, de sepultura, de muerte interior, de dolor, de mucho dolor.

En todos los ritos iniciáticos se representa simbólicamente este proceso de muerte y resurrección. Sólo cuando te aproximas a un

vacío interno, a un desprendimiento de lo que eres, de las experiencias vividas, sentidas y pensadas, sólo cuando eso ocurre a veces con terribles dosis de dolor humano, es posible aspirar a la consciencia y al conocimiento y fluir con la experiencia del momento único hacia la sabiduría. Uno no llega a la "iluminación", nos dice Jung, imaginando figuras de luz, sino haciendo consciente la oscuridad en un grado superior de atención. Y de ahí, una vez penetrada, la necesidad de luz interior. Esa luz interior es lo que nos revela la importancia del amor en nuestras vidas, la necesidad de amar todo cuanto existe.

El mundo de pareja, las relaciones en general, son un campo exquisito de experimentación. Nuestros conflictos internos, nuestros dramas personales se reproducen una y otra vez hasta que somos capaces de penetrar dentro de nosotros. Ahí reside el problema, ya que la mayoría de

nosotros vivimos en el plano de la inconsciencia y nos resulta difícil penetrar a un plano más satisfactorio. Lo externo nos resulta suficiente, a pesar de las guerras que sufrimos ante nuestras propias frustraciones y anhelos.

Hay personas que no entendemos en absoluto nada sobre nosotros mismos, repitiendo una y otra vez los mismos patrones erráticos, las mismas carencias, las mismas insatisfacciones. Hay personas que vivimos sin conocer nuestro estado actual. Realmente, ante la carencia de conocimiento interior, nos volvemos expertos en proyectar fuera nuestras incongruencias, y por norma, ante nuestro espejo que es el otro que tenemos en frente. Y cargamos sobre él toda nuestra violencia y desdicha, todas nuestras frustraciones, deseos y anhelos. Siempre nos alejamos de la idea de que lo que está mal en el mundo está mal en nosotros mismos, culpando siempre al otro o a lo otro de

nuestras carencias. ¿Qué somos? ¿Quienes somos? ¿Qué papel representamos, cuales son nuestros roles, nuestras máscaras? Nosce te ipsum, conócete a ti mismo.

Por eso nos quejamos cuando fracasamos en el mundo de la pareja, culpando al otro de nuestros errores, mancillando su espíritu y su pureza con nuestra barbarie. Y por eso siempre atraemos a personas que nos hacen ver, cada vez con más fuerza y turbulencia, esos nuestros defectos por pulir.

I

Sólo cuando aceptamos al otro empezamos a aceptarnos a nosotros mismos, empezamos a conocernos a nosotros mismos. Y entonces el amor se manifiesta en su magnificencia, y las relaciones se vuelven bellas, brillantes y armónicas. Vivir es siempre convivir, y el amor es la red que teje esas relaciones.

NO HAY SENDERO, LA VERDAD ES UNA EXPERIENCIA

Siempre nos preguntamos cual es el mejor camino a recorrer, cual es el verdadero sendero para conseguir una vida equilibrada, llena de dicha y amor. No una vida aislada, sino compartida. Como en las creaciones del arte, el mundo se nos presenta ajeno o adecuado según nuestros deseos o angustias, pero siempre debemos explorarlo en ese tejido de relaciones en la que uno es gracias a los otros. Y eso requiere intención, pero también selección, descarte, exigencia.

Por eso un día descubres que la verdad es una experiencia que debe ser vivida, pero sobre todo, debe ser compartida. Y es por eso que cada día podemos emprender un nuevo viaje sin ninguna intención más que la

de vivir la experiencia y sentir cuan dichosos nos sentimos cuando elegimos el camino que nos dicta el corazón. Y el corazón, que nació de la escisión platónica, requiere del otro para comprender nuestra naturaleza dividida, dual. Y elegimos al otro según nuestros intereses y necesidades siempre que basamos esa elección en esa escisión entre lo cognoscitivo y la ético, sin reparar en el núcleo de toda buena decisión: ver al otro en su mayor plenitud, implicando en ello al propio destino y la propia intuición.

Las circunstancias no acompañan, pero este paso es necesario para seguir persiguiendo a toda costa el verdadero sentido de los sueños, del amor. Siendo así, cada día será una jornada larga, el principio de un nuevo nodo en una vida que quiere ser vivida, que quiere ser compartida.

Todas las cosas que suceden, que ya están sucediendo, no puede ser más que dirigidas desde algún perfecto orden que no

comprendemos. Debemos relajar nuestras vidas y aceptar lo que ocurre. Todo es perfecto, todo está en su mejor momento. Esa es la mejor postura, la postura perfecta, la vibración perfecta. Aceptar lo que la vida nos da, sea bueno o malo, porque siempre ocurre para mejor, para hacernos más humanos, para hacernos más generosos y sensibles con el universo. Por eso, cuando amemos, no juzguemos lo que ocurre, sino que aceptemos al otro tal y como es, y aceptemos las experiencias que nos regala con sus errores y aciertos, con sus encantos y desencantos. Aceptemos sus conocimientos y sus cegueras, porque esa persona que tenemos tan cerca, esa persona que el Universo nos ha regalado para avanzar, es la mejor experiencia posible, es el mejor sendero, es nuestra mejor enseñanza, nuestra mejor elección. Es, en definitiva, nuestro mejor maestro.

Cada día es un viaje hacia el reencuentro, hacia el recuerdo de lo que somos y de todo aquello que podríamos ser con tan sólo desearlo. El amor es una forma de ser y de ver las cosas. Un compartir incondicional con el otro.

El VIENTO QUE ROZA LA HIERBA

Cuando nos conocemos a nosotros mismos y emprendemos el camino del corazón, hay que saber apreciar las cosas buenas de la vida y ayudar a llevar a cada ser a la plenitud de su desarrollo. El sentido de suavidad, el sentido de reencontrarnos con las cosas bellas, de pasar la mano por un manto de piel, de respirar pausados el sabor dulce de un amor. Confiar en los impulsos mientras nos mecemos en una vida frágil, pero absoluta, llena de sentimiento y placer. El camino corto entre dos seres siempre es la atracción apasionada. En esa brevedad surge lo posible. Pero hay que estar atentos y siempre abiertos al goce, a la aspiración de totalidad, al erotismo del contacto.

Los sueños no son fantasías estéticas. Están ahí para ser vividos, explorados, para

tratar de descifrar sus enigmas y mensajes. La sensibilidad penetra y se expande siempre que somos conscientes de que el Universo respira, como una amapola solitaria en un campo de hierba, como un viento que azota la fragilidad de sus pétalos, como las sombras de sus tallos al rozar la tierra fértil. Debemos abrazar lo bello, lo hermoso, lo profundo, haciendo de nuestras vidas una sensual obra de arte.

Notas del teclado de la atracción universal. El amor se dispensa de esa manera, acariciando suave cualquier rostro. Es un erotismo hermoso, porque el universo, en su danza, nos seduce. Y cuando vemos al otro y lo amamos, todo ese universo se despliega como un abanico, como un jeroglífico que no llegamos a entender pero que está ahí, frente a nosotros, para enseñarnos el camino verdadero.

Y todos dicen lo mismo, todos pretenden lo mismo, sentir como el viento roza la

hierba, escuchar el susurro del aire. Penetrar la sensibilidad del otro para ser uno con él, para ser un abanico de explosivas emociones. Ya nos conocemos a nosotros mismos, ahora hay que maravillarnos ante el mundo y empezar a conocer al otro, empezar a conocer al universo que nos rodea. Y qué mejor regalo que hacerlo junto al ser amado.

III

El placer goza de su misterio, es agresión y transgresión, porque nos permite penetrar en la intimidad del otro, nos permite seducir con una mirada y un aliento toda una vida entera.

HIJA DE LA LUNA

No hace mucho, la Luna brilló con fuerza y dio a luz una hermosa Hija. La Hija de la Luna vino a brillar la cueva del corazón, aquella a la que sólo es posible acceder si se tiene la clave exacta, si se encuentra, de entre las diez mil puertas, la única capaz de abrir. Sucedió rápido, como suelen suceder todas las cosas que nacen de lo milagroso. En una luna nueva algo se ocultó, y la Hija desapareció.

La falta de luz provoca ausencias, miedo, a veces, incluso, ante nuestra inmediata ceguera, terror. Crea desconfianza, juicios y prejuicios, valorizaciones y dudas. Por suerte, la luna se está llenando, pronto será luna llena y su Hija volverá a danzar en su plata celeste. Debemos desear que encuentre en esa danza su propio hilo de luz cósmica. Deseamos que entienda las claves por las que circundan todas las maravillas

del universo. Si lo consigue, seremos felices y dichosos.

Mientras eso ocurra, nos inclinamos ante ella, en señal de respeto y admiración, como un hijo de la paz, como un ser de paz. Polvo de estrellas, nación de ausencias y huella fugaz.

El texto parece confuso, pero así somos. A veces, como la luna, tenemos nuestras etapas, nuestros propios ciclos, nuestras subidas y nuestras bajadas genitivas, subjetivas y objetivas. Y tenemos que estar atentos a las mismas. El viaje es largo, y debemos conocer en cada momento donde estamos, en qué lugar de nuestro estado de ánimo nos encontramos. Especialmente para no afectar al otro, para no incomodarlo. El amor a veces muere por no conocer esos estados de ánimo, por no estar alertas a los mismos, por pensar que son el todo, y no una circunstancial parte de la experiencia.

IV

Estemos alertas, fuertes, amorosos, comprensivos, para cuando la luna mengue y la noria emocional pase por los abismos del mismísimo infierno. Somos arquitectos y novelistas de nuestras propias vidas y construimos nuestro destino a base de experiencias y deseos sobre nuestro proyecto vital.

LA HEREJÍA DE PODER ELEGIR

El alma noble, la mente brillante, como proponía Schiller, ama la belleza, y por lo tanto desea engendrarla, potenciarla, amamantarla. A veces eso implica rodearnos de leña por todas partes. Suele ocurrir cuando alguien se levanta contra lo feo y tosco y grita ese poderoso "No" ante las circunstancias, ante la norma, ante lo establecido. No al tedio, no a la desidia, no a la sinrazón, no a la vulgaridad, no al miedo, no a la desesperanza, no a la apatía, no a la injusticia, no al sedentarismo, no a la ambición, no a lo horrendo y no al insulso deseo de morir, no al desamor.

Sí… ese "No" resulta provocador, insumiso, poderoso. Y a cada "No", alguien se te acerca con sutileza y deja posado junto a tu vera un trozo de leña, un tablón traído de viejos rencores, de viejos miedos, de

viejos desengaños. Y uno tras otro, va sumando en la pila hasta asfixiar al verdugo anónimo, al mismo que provocó la desdicha.

En algún futuro, alguien lo suficientemente convencido de su acto, encenderá la llama que verá arder la herejía consumada. La herejía siempre acaba sumándose a la llama, abrazándola en un acto cósmico, purificador. No puede ser de otra manera. El fuego vive del aliento de los que respiran, de los que avanzan, el fuego destruye, el fuego realza las cenizas, el fuego ilumina las mentes desde la lucidez. Mientras el fuego llega, seguiremos diciendo "No" y avanzando consumidos hasta el último derrame.

Por eso es importante amar sin miedo, sin rencor, sin vulgaridad, con dicha, con respeto. No acumulemos en el amor pasados oscuros, dolencias, virulencias que nos dañaron. No acumulemos todo aquello que nos pareció malo. Porque no lo fue, solo

fueron enseñanzas que debemos agradecer, que debemos abrazar con respeto. No nos rodeemos de leña, porque al final, alguien prenderá la llama.

V

Seamos dóciles, amables, serviciales, y digamos "No" a la tiranía de nuestras dolencias. Seamos herejes y elijamos libremente el camino del buen amor, del amor dócil y hermoso que halla razones para nacer y aumentar, deseando constantemente engendrar en la belleza del otro.

EN BUSCA DE NUESTRAS HUELLAS

El título es de Hans Küng, pero me sirve para penetrar en el laberinto no de lo divino, sino del amor humano. Tan magna empresa requiere dosis de una excelsa paciencia. Andar cuidadosamente por el pantanoso lodo de la epidermis humana es penetrar en lo más terrible de la existencia.

Alguien decía, y con razón, que el ser humano tenía poco de ser y poco de humano, siendo el noventa por ciento un soporte animal para un cerebro y unas emociones poco desarrolladas. Es decir, que de tener algo de humano, era ese residual diez por ciento restante. En ese sentido, es normal que las relaciones "humanas" sean, en su mayoría, perversiones animales rellenas de intereses y egoísmos. De ahí la importancia de estar atentos.

La ilusión de lo epidérmico rellena

nuestras esperanzas para con el futuro y arrastra al presente a una connivencia estrictamente interesada. ¿Por qué nos queremos? ¿Por qué nos amamos? En la mayoría de los casos, por una patológica necesidad. El "otro" es un referente necesario, pero cuando el otro nos ofende, nos maltrata o simplemente nos desilusiona, deja de servirnos. Así, cuando regresamos a nuestro pasado idílico, por eso de que en la ilusión de la mayoría, otros tiempos siempre fueron mejores -qué gran mentira-, cuando buscamos en nuestras más remotas huellas, no podemos más que toparnos con un completo animal, al cien por cien, epidérmico, instintivo, declaradamente tosco y depredador.

El ser humano está incompleto. Diríamos que está germinando, sin alcanzar en plenitud eso que llamamos humanidad. Así, es fácil explicar tanta calamidad, hambruna, guerras y destrucción. La falta de amor en

nuestras vidas es una evidencia de nuestra animalidad. Por ello, cuanto más amemos, más nos humanizaremos, y también viceversa. Pero tengamos presente que aún no somos dioses y, por lo tanto, nuestro amor siempre será humano, muy humano.

VI

Sin olvidar que somos humanos y que por lo tanto sólo podemos amar de forma humana, debemos, sin embargo, esforzarnos por alcanzar el estadio angélico y amar como aman en el himen divino, acertando siempre cuando afirmamos que el otro es nuestro mejor yo.

ENAMORAMIENTO. QUERER. AMAR. LAS TRES FASES DEL AMOR

Si algo es bien cierto es saber que el amor tiene temperatura, y como tal, grados de calor. Un extenso abanico de matices fogosos y gradaciones llenas de calorías sentimentales. Si pudiéramos dibujar en un mapa las diferentes formas de amor, la primera que se vendría a la cabeza es ese primer contacto que nace del enamoramiento. Esa llama intensa que nos vuelve locos, que nos enajena, que nos desmaya, que nos quita el apetito y que, por suerte o por desgracia, dura lo que dura un instante fugaz.

Eso que sentimos con virulencia y extrema intensidad embriagadora en ese primer contacto con el amor no es más que un estallido químico, emocional y espiritual

de lo que el Amor verdadero debería ser en su estadio más elevado. Pero al ser humanos, tan humanos, el destello es fugitivo y débil, tan débil que en cuanto profundizamos en él se desvanece como la espuma en un mar de plata. Para Stendhal, nos enamoramos cuando sobre otra persona proyectamos inexistentes perfecciones. No sólo no vemos lo real, sino que lo suplantamos con nuestra imaginación. El amor no es sólo ciego, sino además, visionario.

Cuando somos capaces de superar esa prueba, si la llama no se extingue del todo y la dilatamos en el tiempo, pasamos a una segunda fase del amor más allá de la exageración y la fantasmagoría que ya empieza a desvanecerse. Es cuando el pulso se calma y empezamos a ver al otro como lo que es, y no como lo que habíamos soñado que podría ser. El choque con la realidad muchas veces es tan duro y tremendo que

en la mayoría de los casos no supera ese primer escollo y la relación se rompe. Pero si sobrevive a la misma, si lo que vemos nos gusta más que lo que pudiera disgustarnos, entonces pasamos al querer. Al te quiero porque te necesito y te quiero porque precisamos del otro. El querer es un amor egoísta porque nace de necesidades y anhelos que buscan nuestro propio bienestar y nuestra propia felicidad.

Por último, hay una tercera fase que llamamos sin tapujos amor, o verdadero amor, o amor incondicional. Es el más elevado tránsito de nuestra condición humana, porque se ama con desprendimiento, sin egoísmos, deseando lo mejor al otro y esforzándonos constantemente por satisfacer al otro de forma desapegada y libre. Es un amor cargado de renuncia y entrega. Es el amor maduro, tranquilo, que dejó la rabia y la necesidad aparcada en un extremo de

nuestras vidas para, de forma relajada, entregarnos a nuestro ser amado de forma abierta, cristalina y sincera.

VII

El amor, como la luna, tiene sus caras ocultas, y sus fases, que pueden identificarse con la paciencia que la experiencia nos da y con la quietud de sentirnos preparados para abrazarlas. Entonces lo inmutable se torna eternamente bello y el amor fluye en la matriz de nuestras vidas.

¿PUEDE HABER AMOR EN UNA IMAGEN?

Realmente no. La imagen que tenemos del otro es un anhelo, una realidad desvirtuada de lo que deseamos encontrar en ese deseo impregnado de carencias y miedos. Eso provoca conflicto cuando la imagen creada en torno al amor choca frontalmente con la realidad. Y más tarde, superado el conflicto, nace el apego, porque la imagen es poderosa y necesitamos creer en la posibilidad de la misma. En parte, esto es la esencia del amor romántico, un amor exagerado y retorcido.

Los hombres anhelan encontrar en el otro la imagen ideal de la princesa dócil y cariñosa y las mujeres a su príncipe azul, fuerte y poderoso. Pero el amor no se construye de imágenes o deseos, si no más bien de la ausencia de los mismos. Sólo cuando hemos destruido lo que desvirtúa al

amor, la imagen del amor, el anhelo del amor, el deseo del amor, nace el verdadero Amor. Un amor capaz de abarcarnos a nosotros y al otro en un solo ser.

Debemos liberarnos de la imagen que tenemos de nosotros mismos y de la imagen que proyectamos en los demás. Sólo de esa manera será posible relacionarnos de forma armónica, libre y amorosa. Si creas una imagen del otro destrúyela antes de que la realidad lo haga y aparezca el conflicto. Si creas un anhelo en el otro destrúyelo antes de que el apego lo haga.

La única forma de que el amor triunfe es escapando de los juegos de nuestras carencias y miedos. La única forma de que el amor llegue a ser verdadero es despejando las dudas sobre el mismo, fluyendo en todo momento con lo que es y no con lo que deseamos que sea. Proyectar la perfección en el otro debe hacerse desde la visión profunda, no desde la imaginación

descontrolada.

VIII

Seamos mudos. Dejémonos llevar por la realidad. Normalmente supera con creces todo aquello cuanto habíamos imaginado.

AMOR A PRIMERA VISTA

Había viajado hasta la India a pasar unos días de retiro. Meditar y pensar sobre las cosas esenciales de la vida. Buscando un refugio dócil que me alejara del agitado tumulto angustioso de las ideas. En los caminos de aquellas tierras, con celo y griterío conducían rebaños por veredas y lugares imposibles. En las rocas había signos pintados y restos de hogueras apagadas, como si un torbellino redentor hubiera fulminado los fragmentos de rituales ancestrales.

Tras la primera meditación a las cuatro de la mañana, solíamos dar un paseo por aquellos lugares mañaneros. Pronto el calor asfixiante haría presencia y había que aprovechar los delicados frescos del madrugar. En uno de esos paseos, muy cerca de un viejo templo de mármol blanco y lleno de figuras imposibles, la vi por primera vez.

Me llamó la atención su rostro frío como el hielo, meditativo, introspectivo, apartado del mundo y de todo cuanto ocurría a su alrededor. Seguí sus pasos sin decir nada, contemplando cada gesto, cada mirada curiosa, cada pensamiento sumergido. Tras ella, mis suspiros y lanzaban presagios hermosos, sueños de futuro. Era espectador de todo eso mientras ella seguía en su silencio y sus paseos mudos, sumida y concentrada en su inquebrantable soledad.

En una de las excursiones que hicimos a una gran montaña sagrada, pude sentarme en el trayecto a su lado. ¡Qué sagrado terror y amoroso deleite! No dijimos nada, no hablamos nada, ni siquiera nos miramos. Pero pude ver de cerca su nombre y su país de procedencia en una de esas plaquitas que llevábamos para identificarnos los unos a los otros. Así que al regresar a la comunidad fui corriendo hasta las largas listas de invitados para localizar sus señas. Copie su dirección

de correo y regresé a mi país sin haber intercambiado ni un solo saludo con ella.

Una vez en casa, como un héroe trágico que vuelve a su Ítaca, escuchando música pagana le escribí una breve nota que fue respondida de inmediato. Empezamos a escribirnos con frecuencia, hasta que la frecuencia se convirtió en largas cartas que recibía puntualmente a las nueve de la noche. Entre los dos empezó a nacer algo hermoso y profundo que no podíamos describir, pero que estaba ahí, en cada letra, en cada carta, en cada suspiro y anhelo. Esa emoción no puede ser cifrada en palabras.

Pasaron tres meses y me invitó a su país, en las frías tierras del norte, para estar juntos en Navidad. Y así lo hice. Tras una intensa semana a su lado, hicimos el amor como nunca antes lo había hecho. Un éxtasis infinito donde las horas no fluían, donde el antes y el después desaparecían ante nosotros. Una noche interminable, una noche

infinita plagada de magia y deseo ardiente.

Al día siguiente, confundida, extraña, llorando como jamás había visto llorar a una mujer, me pidió que me marchara. Más tarde confesó: "fue tan maravilloso que tenía miedo de seguir adelante". Nunca pude entender aquella historia. Nunca más supe de ella. Nunca jamás pude olvidarla.

XIX

Cuando nos asomamos más allá del corazón, experimentamos la angustia de quedarnos mudos y corremos el riesgo de perder una oportunidad única de sentir con mayor fuerza la belleza y plenitud del amor.

AMA HASTA QUE TE DUELA

Los idólatras del fragmento, de la palabra, del estigma, prefieren enterrarse en las mudas profundidades, allí donde las decepciones parecen tener provecho y son fuente de emoción. No existe una estupidez más grave que vivir orientados a los cálidos adverbios que nacen del ombligo, del egoísmo. Es allí donde fructifica la decepción y donde se renuncia a la vida en pro de las certezas sobre el exilio engañoso.

Estamos alejados de la anorexia sagrada, del hambre sagrada, esa que nos obliga a amar más allá del rencor de los solitarios, cerca de las vidas paralelas de los fracasos. Y ese hambre duele, ese hambre mancilla. No sólo lo verdadero es digno de ser amado. Más allá de lo vago y lo turbio, quizás comprendamos que en el fondo todo es verdadero, porque todo nace de la luz del

misterio absoluto y sin orillas. El Amor no discrimina, sino que acepta y comparte.

Sufre, agota todo recurso, súmete en el arte de vencer lo incomunicable, embárcate en la esquizofrenia de la necesidad del alma. No hay excusa para no amar, no hay miedos ni temores que puedan paralizar la propia presencia de su rostro. No vuelvas a la época del ombligo, improvisa dolor, inventa dolor, así la calidad del amor será expresada de forma radiante allí desde donde sólo se ven las sombras y las sustancias.

Esa es la hegemonía del delirio, de la locura del otro lado. Ese es el poder del sentido, de la vida plena, del estallido de gracia e intensidad neurálgica. Sólo así es posible la salvación. Imitando los silencios, rezando a la química vital, buscando en el lenguaje considerado todo cuanto nos llene de vida. Esas son las llagas, esa es la humillación. Amar hasta que duela. Porque solo lo que vive, crece, y solo lo que crece

produce fricción y dolor. Y cuando crecemos en amor, menguamos en ego, y eso, duele, duele mucho, porque reducimos toda nuestra ficción a un paréntesis primario. Por eso cuando se ama, duele, porque de alguna forma nos anulamos a favor de nuestra grandeza.

X

Ama hasta que te duela. Con delicadeza, con el accesorio soporte del talento, agotando todo cuanto se tenga con tal de sentir ese dolor.

AMAR DESDE EL ALMA

Amar desde el alma es estar en posesión de una infinita felicidad, de una alegría extrema, de un sentido de permanencia en un cosmos infinito. No deseas más que disfrutar de los anhelos de sentirte vivo, de acariciar el rostro sin voz de ese silencio que penetra profundo en las entrañas.

Y mientras miraba las correcciones apuntadas en el papel sobre este escrito, alguien había escrito: "¿Es posible la infinita felicidad? Dicen que solo los idiotas pueden ser felices siempre". Recojo la frase porque me ha hecho gracia y porque realmente tiene razón. Quizás, forzando la etimología del término idiota, solo los que no piensan son felices. Porque el pensamiento siempre es divisor, dual, fragmentario, y por lo tanto, cargado de error. Y aquellos que no piensan, sino que se dejan fluir por la vida, aceptando todo cuanto ésta les regala, suelen tener

más posibilidades de ser felices, de estar embriagados de vida.

Recuerdo cuando miraba al absoluto en uno de esos viajes solidarios, cuando penetraba con una sonrisa la voz quebrada de cualquier momento. En la sabana africana había niños que nos seguían al paso del coche. Corrían metros y metros con tal de sentir el tacto suave de una mirada. Conspirábamos juntando nuestras manos sin temor a nada. Sentíamos su calor, su llanto interno, su fragilidad. Había algo en ese tacto que nos llenaba de humanidad. Un amor desde el alma, de igual a igual, lleno de frescura y fortaleza.

Había en ese sencillo acto de amor una comunicación de seres infinitos, un estallido ilimitado. Había un acto de amor, sin prejuicios, sin penas, sin llantos, sin fugaces excusas o exigencias. Había una respiración común, una unión sin límites, un abrazo sentido y estrecho. Por eso, sin miedos, nos

adentramos en la sabana, y amamos.

XI

Amar desde el alma es amar desde la ausencia de pensamiento, de criterio. Es fluir por lo que se siente, y no por lo que se piensa. Es amar desde el corazón, no desde la cabeza.

AMAR EN SILENCIO

Viviendo en las Highlands, las tierras altas de la fría Escocia, recibí una hermosa carta de una vieja amiga que confesaba que amaba y que no le importaba no ser correspondida porque había aprendido a amar en silencio. Esa carta me impresionó por su naturalidad y por su belleza, por su valentía y coraje al expresar que ese amor imposible tenía que ver con la persona a la que en esos momentos confesaba dicho secreto.

Reflexioné muchos meses sobre esa carta y sobre la idea de poder amar en silencio, desde la humildad y el desapego más profundo. El amor puro, el amor limpio, es un amor que no pide nada a cambio, que no desea nada a cambio, y por lo tanto, no se vuelve exigente ni incómodo, porque nace y crece con la belleza que inspira el saberse dirigido por la sencillez del absoluto. El

humano se enamora y desea, quiere, pero siempre desde un bajo instinto egoísta, posesivo y parcelario.

Resulta difícil por ello amar realmente porque el amor no requiere otra cosa más que un silencio y un respeto profundo. Años después recuerdo esa frase que tanto me marcó y de la cual tanto he aprendido.

Amar en silencio es posible porque solo desde la humilde procesión de nuestro dolor se puede expresar lo verdadero de ese crujir interno que arde en las brasas de nuestros abismos. Más allá de su calor, existe el calor universal que aviva el nacimiento de la expresión, del arte que acompaña a todo verdadero amor.

Amemos, incluso cuando no seamos amados, porque descubriremos que el amor no puede encerrarse en una botella, ni en un cuerpo, ni en una mirada. Amemos sin ser amados porque más allá de la oscura cámara en la que vivimos existe un alma que

trasciende todo aquello que no logramos comprender.

XII

Amar en silencio
es el más profundo y verdadero amor.

SABER SOLTAR

"Príncipe: Una paz sombría nos trae la mañana: no muestra su rostro el sol dolorido. Salid y hablaremos de nuestras desgracias. Perdón verán unos: otros el castigo, pues nunca hubo una historia de más desconsuelo que la que vivieron Julieta y Romeo".

(Acto V, Esc. III).

Nos encontramos en el mismo lugar donde empezó la tragedia, el inicio del fin, en aquel día de cualquier frío invierno en el que unas palabras, estúpidas y adversas, crearon la confusión suficiente para que el amor acabara en rostro dolorido y sufriente.

Estamos ante un nodo el cual pretende cerrar una etapa antes que poder abrir otra. Y la sensación es extraña, dolorosa, insufrible. Uno piensa en todas las cosas que hace y sobre todo en todas las cosas que no hace o no dice de la forma más adecuada.

Lo cruel del destino es que la mayoría de las veces no aprendemos, o no deseamos aprender las lecciones de la vida. Y entonces aparece el desgarro y la violenta experiencia del fuego y la pólvora que al unirse, estallan terriblemente dentro de nosotros. Es normal, nadie nos enseñó la importancia del saber dejar, del saber desprenderse, del saber desapegarse, del saber soltar cuando el amor, o mejor dicho, el no saber amar, ya no tiene remedio.

La tragedia de Romeo y Julieta es un arquetipo que se repite día tras día. Un arquetipo que nos ayuda a comprender que existen cosas más grandes que el amor que no logramos entender, y que ahí están, a la espera de ser abrazadas.

Así es como la noche profética se desliza en el brillar de las antorchas. Con dolor y sufrimiento ante el desgarro de la fuerza del destino.

XIII

Si aprendemos a amar no habrá necesidad de saber soltar. El apego es el peor de los enemigos del amor.

LA PERSONA IDEAL

Uno de los mayores errores que cometemos a la hora de buscar pareja es idealizar a la pareja. No podemos pretender que el universo tenga la capacidad y el ánimo de dotar nuestras vidas de todo aquello que desde nuestro ciego egoísmo demandamos. El universo siempre es lo suficientemente astuto para darnos lo que necesitamos realmente para que aprendamos, para que crezcamos, para que entendamos la importancia de amar incondicionalmente, sin importar si la persona de la que nos hemos enamorado tiene algún parecido casual con el ideal que habíamos dibujado en el lienzo de nuestra imaginación y deseo.

Por eso, cuando despertamos del primer enamoramiento y vemos a quién tenemos realmente enfrente nuestra, cuando observamos con sumo detalle que la persona

de la que hemos estado enamorada no se parece ni un ápice al ideal primero que teníamos en la cabeza, vienen los fracasos y las desilusiones. Por eso es importante amar a la persona real desde el minuto cero. Amar lo que tocamos, lo que abrazamos, lo que sentimos y respira junto a nosotros, y no ese inalcanzable e imposible ideal mental que nos pesa como una losa en nuestras cabezas.

La incondicionalidad del amor pasa por aceptar y no juzgar jamás a nadie, y menos aún por las apariencias externas. Un amor puede ser una persona disfrazada de vagabundo que está en nuestro camino para enseñarnos la verdad. Amemos pues sin juzgar, sin prejuzgar, sin comparar a ese ser maravilloso que la vida nos ha regalado con el espejo irreal de nuestro ideal.

XIV

Amemos con ilusión y esperanza, con entrega y el talento suficiente para saber

que el ser que está a nuestro lado es lo mejor que nos ha podido pasar.

AMAR AL SEMEJANTE ES MIRAR DE FRENTE A DIOS

La vida eterna espera, apacible, sentada en su palacio, a sabiendas que el amor es algo que no muere, que está ahí, como ideal encarnado en una presencia infinita que nos conmueve ya sea escuchando una canción o viendo un atardecer.

Especialmente abrazando a un ser querido, o simplemente, recordándolo con ese dolor placentero ante su ausencia. Amar al semejante es mirar de frente a Dios, y cuando eso ocurre, nada importa, porque todo es posible y todo está bien.

Lo que en nosotros podemos amar es un tránsito hacia un ocaso. Nuestra mayor grandeza es la de ser conscientes de que somos un puente y no una meta. Y el amor son los pilares que sostienen dicho puente.

XV

Amor es atracción, uno de los principios

universales que rige todo el Universo. Como es arriba es abajo.

MÁS ALLÁ DEL AMOR

Si ya resulta extremadamente complejo hablar sobre el amor en sus niveles más sutiles, más difícil es hablar sobre la Compasión, que es el amor que está más allá del amor más puro.

Todavía estamos enfocados en un amor denso, emocional, pasional y astral, dual y lunar, que depende de si algo o alguien nos cae bien, si no nos estorba o nos ayuda en el camino o si es químicamente armonioso con nuestros intereses, pensamientos, conductas y emociones, proyectos y ambiciones. Necesitamos motivos para amar como si fuéramos un imán en busca de la polaridad que nos falta, cuando la dualidad real no es entre personas, sino entre personalidad y alma.

La dualidad está en nosotros, y cualquier búsqueda de algo que creemos que nos falta realizar en el exterior de nosotros mismos,

sólo nos lleva a un cúmulo de experiencias que nos van a recordar que nuestras carencias se encuentran en nuestra propia alma, anquilosando con ello nuestras experiencias vitales.

Cuando la conciencia se enfoca en nuestro interior, ya no hay búsqueda, sólo encuentros, ya no hay dualidad, sólo unidad, porque la personalidad esta al servicio del alma. Entonces descubrimos el Amor Solar, que no es dual, ni depende de fases o estados de ánimo como la Luna, y nos sentimos Prometeos llevando el fuego del Sol a los hombres, o el Aguador llevando el agua de la vida al sediento.

Mas allá de este Amor que da sin esperar, porque nada necesita, está el Amor que a falta de una palabra mejor podemos denominar Compasión: amar con-pasión a todo ser, con todo el Ser.

Si el amor del alma da vida y agua al sediento, el amor que está más allá, da vida

a nuevos universos, y reconfigura las realidades de acuerdo a los arquetipos que el Absoluto creó para el universo en el que vivimos, nos movemos y tenemos nuestro ser. Amor puro, que no es solamente una simple emoción, si no muy lejos de esto, razón pura, expresión pura dentro de algo tan sutil como la limpieza del corazón.

Es el amor en acción, el tolerar el misterio de todas las cosas que ocurren sin juzgarlas, abrazándolas desde la aceptación. Es el amor ecuánime. Aquel que comprende en toda su hondura, desde la vasta quietud del alma, y está presente en todas las distintas experiencias cambiantes que constituyen nuestro mundo y nuestras vidas. Ser ignorantes es dar falsos valores. Amar desde la comprensión es dar su verdadero valor a todas las cosas.

Su radiación no permite ninguna forma o geometría incorrecta, no las destruye como el primer rayo, ni las redime como el

segundo rayo, ni las ilumina como el tercer rayo. Es un sol completo que irradia cuantos amaneceres sean necesarios, entregando nuestros tesoros al mundo, generando confianza y seguridad en todo lo que nos rodea, ya que aceptamos las cosas con sabiduría y esto constituye la fuente de nuestra fuerza y esplendor.

XVI

El Amor nace de la buena voluntad y la sabiduría, y siempre es universal hacia todas las cosas, hacia todos los seres sintientes.

ALMAS GEMELAS

El día de los enamorados invita a recordar ese viejo diálogo platónico que leemos en El Banquete y donde Aristófanes cuenta la leyenda sobre las almas gemelas. Fue Zeus, amenazado por el ser andrógino, quién decidió dividirlo en dos, cayendo un trozo de alma en la tierra y otro en el cielo. Esa misma leyenda la encontramos en la tradición egipcia con similares matices.

Desde entonces, ambas mitades se buscan incansablemente para volver a unirse en un ser completo. De ahí la angustia y la soledad que sentimos constantemente, ya que esa unión, a priori, parece imposible. Algunos intentan consolar esa angustia inventando nuevos biotipos de alma gemela. Por ejemplo, las almas gemelas biológicas, que consisten en aquellas que se complementan en el plano material. O las almas gemelas del alma, aquellas que

trascienden los apegos de la materia y trabajan desde un plano de consciencia mayor. Y las almas gemelas del espíritu, aquellas que son descritas en El Banquete por Platón y que están llamadas al reencuentro en algún momento de su evolución.

Sea como sea, el alma gemela existe, pasa por nuestras vidas, a veces se queda y otras se va, porque el alma gemela es aquella capaz de compartir desde el amor más profundo aquello que llamamos vida, ya la entendamos desde un punto de vista material, psicológica o espiritual.

Así que abracemos a todas aquellas almas gemelas que pasan por nuestras vidas mientras esperamos en el infinito el encuentro místico y misterioso con aquel trozo que quedó en el cielo. Trozo que aparecerá cuando entendamos el verdadero significado del amor y cuando elevemos nuestras aspiraciones puras hacia la

vibración adecuada. Entonces, la atracción hacia nosotros de nuestra alma gemela será inevitable, porque ya estaremos preparados para amar de verdad hasta el infinito.

XVII

Habla sin rodeos al amor. Pide lo que deseas y sé merecedor del mismo. Esfuérzate en ser completo y encontrarás a un ser completo.

EL GATO ESTÁ TRISTE Y AZUL

Viví cerca del mar y portentosamente en lo alto de cualquier montaña. Sentí el helado gemido de la noche quebrada y penetré en los abismos de la oscuridad brillante. Sentí la brisa y el llanto y no supe reaccionar a tiempo para valorar el final feliz.

La fortuna se estremece, la paz inunda el silencio. El alma se muere de soledad, pero el alma resucita ante una mirada cualquiera, una mirada intensa que comunica la esperanza de un mañana posible. Hoy es un día para mirar, para penetrar en el instante de la ocasión única todo aquello cuanto merezca la pena. El alma se muere, pero resucita ante el encuentro inevitable.

Por eso la angustia, la tristeza del alma por esa soledad incomprensible debe ser transitoria. El vasto mundo espera entregarnos sus maravillas.

XVIII

La esperanza debe colmar nuestras vidas, porque alguien ahí fuera nos está esperando.

CUANDO ECHAMOS DE MENOS

Todos sabemos que es imposible dejar de querer. Que a pesar de la distancia y los acontecimientos, uno siempre ama a aquello que alguna vez amó. ¿Acaso alguien sabe como dejar de amar? Y quizás, con los años o la edad, se acumulan amores que un corazón pequeño no puede soportar. Entonces va perdiendo fuelle con el tiempo y se vuelve cerrado y huraño, aprisionado en una maraña de excusas, de lentitud, de pesadez difícil de superar. En definitiva, uno se vuelve egoísta y cerrado al amor.

Y a medida que pasa el tiempo todo resulta más difícil y cansado. La ingenuidad, y por lo tanto felicidad de los veinte se transforma en preocupación a los treinta y cuando vas rozando los cuarenta o cincuenta el realismo, en toda su crudeza, no deja mucho margen de maniobra. Uno siempre

busca mil excusas para pensar que no pudo ser: quizás fue la distancia, los egos, los intereses, una vida complicada, el mal genio... Quién sabe porqué el ser humano tiende a complicarse la vida cuando se trata de compartirla con un igual.

Siempre se ha dicho que el amor verdadero requiere de muchos silencios. Ese silencio acompañado de miradas cómplices. Cuando hay exceso de palabras y de ruido, el amor jamás puede triunfar, porque el amor es un habitante extraterrestre, de otro mundo, que requiere ciertos requisitos previos antes de encarnarse en nuestras vidas.

Por eso, cuando el silencio se ha instalado, somos capaces de escribir esa carta de amor que nunca escribimos y somos capaces de reconocer el fracaso de la actividad diaria en contra de lo único que merece la pena: amar.

Y cuando hay paz y silencio podemos

recordar, con esa emoción conmovedora, aquellos primeros días, aquellas primeras citas en las que empezamos a amarnos porque, al no hablar en exceso, los tiempos estaban sujetos a esos eternos silencios plagados de complicidad.

Pero los humanos siempre preferimos el ruido, y eso espanta al verdadero amor. Silencios plagados de significado deberán reinar en el futuro. Será entonces cuando la humanidad entera comprenderá lo verdadero de toda existencia.

Callar, osar, saber, querer. Tantos años repitiéndolo para luego olvidarlo tan pronto. Cruz antigua, cruz sabia, cruz amiga. Gracias por volver a tu lugar, allí de donde nunca debiste marcharte, en ese cuarto camino que requiere nuevos pasos.

XIX

Amar, amad, amemos amando… y siempre en un cómplice silencio… En un infinito gerundio.

LA NINFA DAFNE Y EL RECHAZO A LA AVENTURA

Apolo se enamoró de la ninfa Dafne gracias a que Eros, en venganza por unas burlas anteriores, le había clavado una flecha de oro. A la ninfa, sin embargo, le había hecho lo mismo con una flecha de plomo, lo cual provocaba rechazo hacia las intenciones de Apolo. Éste, desesperado, la persiguió por medio mundo hasta que en el momento en que le va a dar alcance, Dafne prefiere convertirse en árbol de laurel antes que sucumbir a los deseos del enamorado.

El rechazo a la llamada del amor, a la aventura del vivir, es una tragicomedia que se repite día y noche en todo el mundo, sucumbiendo muchas veces en rituales que acaban en tragedia.

La complejidad del amor pasa por factores físicos, emocionales, mentales y espirituales. Las hormonas provocan un

movimiento interno que producen pasión y deseo, el cual, una vez arropado por el contacto físico de la persona amada y con la experiencia compartida del día a día, se convierte en emoción y sentimiento.

El cariño crea un pensamiento constante de fidelidad y compañía el cual, con el tiempo, se traduce en una experiencia mística de amor y unión.

Se crea una afinidad de sensibilidad y espíritu, de silencio cómplice que representa la comunión de dos almas llamadas a convertirse en uno.

Pero es un proceso largo que Dafne rechazó, prefiriendo convertirse en árbol de laurel y olvidando por completo la llamada del corazón. Aún así, el fracaso de un amor no es el fracaso del Amor. Por eso la vida continua y las palabras no dichas volverán a encontrar un reclamo de esperanza.

Por eso debemos aprender a ser pacientes en el amor, a no precipitarnos, a

no darlo todo desde el minuto cero. Sino dar lo justo, aquello que requiere cada instante. Y darlo, con amor.

XX

No te dejes vencer por quién no te quiere. No te deprimas. Todos merecemos amar y ser amados. No te desveles si no te aman. Sigue adelante, porque cuando una puerta se cierra mil ventanas se abren.

LA PRINCESA ALEXANDRA

Érase una vez una princesa que vivía en un gran castillo junto a un feroz tigre encantado que custodiaba, en las frías montañas del norte, toda su hermosa realeza. El castillo era grande y lleno de joyas y todos los lujos que la soberanía de aquel entonces podía permitirse.

Pero la Princesa, de nombre Alexandra, vivía sumida en una gran tristeza. El feroz tigre no dejaba pasar a nadie al castillo, tal era su celo por cuidarla y protegerla.

Había en tierras lejanas un Príncipe cuya pasión era domar a grandes fieras. Había combatido contra dragones terribles y leones en África.

Érase que un día, un mago de la India le advirtió que en las frías tierras del norte había una Princesa custodiada por un temible tigre que había sido encantado por una bruja y que ambos, el tigre y la Princesa,

vivían sumidos en una terrible tristeza de la cual no podían salir.

Fue así como el valiente Príncipe sintió la llamada de la aventura y montó su cabalgadura sin dejar de galopar hasta llegar a la cima de la montaña donde se encontraba el castillo de Alexandra.

Ocurrió que el tigre, cuando vio al Príncipe, pensó que era demasiado valiente y decidido como para poder vencerlo en batalla abierta, así que dejó entrar al Príncipe para, una vez dentro del castillo y ganada su confianza, acabar con su vida.

Fue así como el Príncipe pudo entrar en la gran fortaleza abrazando a la Princesa que, asombrada por la actitud del tigre y la valentía del Príncipe, quedó totalmente perturbada.

Sin embargo, el Príncipe permaneció allí hasta que en la noche del séptimo día, la Princesa tuvo una terrible pesadilla. Soñó que al día siguiente el tigre mataría al

Príncipe. Así que por la mañana, sin dar ninguna otra explicación y asustada y temerosa por el presagio nocturno, expulsó al Príncipe del castillo rogando que no volviera.

El Príncipe, consciente de su condición de invitado se marchó confundido por lo ocurrido sin saber realmente qué hacer. Así que decidió permanecer cerca del castillo para ver qué ocurría hasta que un día se decidió entrar por sorpresa.

Pero allí estaba el tigre, totalmente transformado en una terrible fiera que le doblaba en tamaño. El Príncipe, que llevaba dos días y dos noches sin comer ni dormir, se sentía totalmente abatido y decidió retirarse antes de ser engullido por el aterrador animal. El arte de la prudencia pudo más que la osadía de una muerte segura.

Regresó tierras al sur hasta su castillo y entendió todo lo ocurrido. Comprendió que la Princesa sólo deseaba salvarle del feroz

animal. En ese momento de soledad y lejanía se dio cuenta de que amaba a la Princesa por su nobleza y belleza y que ninguna fiera nacida de ningún abismo podría vencer todo cuanto ahora sentía.

El Príncipe, tras unas semanas de silencio, fortaleciéndose y recuperando toda la energía perdida consiguió volver ante el tigre y vencer a la fiera, la cual, alejada de su conjuro, se transformó en un plácido y lindo gatito. Sólo en aquel momento comprendió que no hay peor fiera que los miedos y los recelos de no luchar por lo que se quiere. Así, una vez alejadas las fieras y los miedos que todos llevamos dentro, fueron felices y comieron perdices.

XXI

Creer en la magia del amor, en los cuentos de hadas y en las historias de príncipes y princesas es un síntoma inequívoco de la pura aspiración humana.

SEPTENTRIÓN

Siempre andamos buscando nuestro norte. Siempre buscando en la brújula de la vida esa necesidad de viaje interior. Recuerdo experiencias de ese tipo que pueden ayudar a ilustrar todo esto. Un día tomé la ruta de la Plata enfilando el coche hacia el septentrión. La noche de aquel viernes la pasé al volante hasta que el sueño venció al trayecto. Paré en algún lugar cerca de los campos góticos, en una noche cerrada y silenciosa.

Al alba, seguí con la duda que nos asola en toda iniciativa, como si esa duda quisiera obligarte a volver a la seguridad de lo ya conocido. Pero sabía que debía seguir, debía llegar a ese destino circular y cerrar o abrir tantas puertas como fueran necesarias antes del mágico y renovador solsticio de invierno.

Así que llegué a la frontera con Francia y atravesé el gran país parando a dormir en la

noche del sábado en alguna parte cerca de París. Al día siguiente, el domingo, di un hermoso paseo por Bélgica y luego Holanda. Visité Rotterdam y Amsterdam, preciosas ciudades que enamoran al viajero e invitan a la hipnosis. Seguí atravesando el norte de Alemania y persuadido por el viaje pasé puentes y estrechos, ínsulas danesas hasta llegar a la hermosa Copenhague.

Era mi primera parada seria, emotiva, reflexiva, intensa. Dejé el coche en la calle donde un año antes había escuchado música junto al gato Tusse. Necesitaba estar allí, poder ver la ventana, aunque fuera desde la calle, y contemplar que las plantas de las macetas eran cuidadas y regadas por ella. Ver que seguía viva, allí, solitaria, en su mundo, buscando su árbol de Yggdrasil.

Respeté su silencio. Pasé la noche fría y di algún paseo por la mañana. Seis mil kilómetros sólo para ver que todo estaba bien. Hice un pequeño ritual, una pequeña

meditación de despedida. Tenía que hacerlo, tenía que aprender a soltar y debía decir adiós. Cerré la puerta y seguí el viaje.

A media tarde llegué a mi siguiente destino, Dannenberg, un bonito lugar donde había vivido casi dos años en la increíble zona de Wendland, en la Baja Sajonia alemana. Allí estaba ella, mi querida y bella campesina. Se había trasladado desde su hermosa granja a un pequeño apartamento. Estaba feliz con su nueva vida. Lo había preparado todo para mi visita y había trabajado duro para que estuviera cómodo durante al menos una semana. Nos abrazamos y hablamos sobre nosotros, sobre nuestras vidas.

Estábamos felices de volver a vernos. Comprendí cuanto la amaba al mismo tiempo que comprendí lo importante que era para mí su felicidad. Y su felicidad estaba allí, en su país, con su gente. Por eso, a la mañana siguiente, mientras ella oraba en la

iglesia, me marché sin despedirme, al alba. No me hubiera podido marchar de aquella casa de otra manera. No hubiera podido mirarle a los ojos y decir adiós.

Y volví de nuevo al coche, nublado por las lágrimas, en silencio, en meditación, programando el nuevo futuro, sintiendo que las cosas están bien aunque duelan. Seis mil kilómetros de intensa meditación, a solas, en ese pequeño templo móvil, un lugar ideal para sentirte más cerca del propósito.

Renuncia, aplomo, desapego, equidad, fortaleza, desprendimiento, dolor, paz… palabras que venían una y otra vez… palabras que anunciaban una nueva vida donde reine la fe y la esperanza en algo mayor, algo más grande, algo nuevo y renovado.

Cuando todo ya resulta agotado, imposible, terminado, hay que aprender a soltar con amor, con desprendimiento, con dulzura, sin rencores, sin odios. Solo amando

a la persona que ha estado con nosotros ese tiempo. Agradecidos con amor y respeto por todo lo que nos ha enseñado. Siempre con gratitud, siempre con verdadera paz. Hay que saber cerrar bien los episodios pasados. Hay que esforzarse en olvidar el dolor y agradecer con sinceridad todo el amor que hubo.

XXII

Hay que saber decir adiós, por mucho que duela en lo más profundo de nuestra alma. Es importante esforzarnos en cerrar bien todos los capítulos de nuestras vidas.

LA DANZA DE AQUELLO QUE NO SE PUEDE NOMBRAR

Susurra en los silencios, cuando más solo y apartado del mundo te encuentras, cuanto más alejado sirven tus alas al viento. Son las variedades de aquello que surge de las brasas del abismo. Un génesis, un pronunciar, una única rebeldía nacida y concertada en el deseo.

La audacia consiste en penetrar hasta en el más olvidado de los suspiros. Allí, en el ágape de los vasos comunicantes, donde el placer se imprime en la dicha de lo virtuoso, se posa eminente el haz de tiempo.

Interna, la llama diligente anhela el bostezo cómplice, ese que brota de la necesidad, de la ávida derrota de un hecho insostenible. La danza de aquello que no se puede nombrar queda impresa en el

recuerdo, para siempre, anhelando una conquista futura en un tiempo inservible.

Deseamos volver, deseamos suspirar con su aliento, derramar nuestras lágrimas junto a su regazo, recordando cuantas veces volvimos a reencontrarnos. Deseamos imprimir en sus carnes el símbolo de la alianza, esa considerable perpetuidad que nos hace almas.

La noche se apaga, llega el día. El mundo despierta, todo termina. Y llega la exigencia de sobrevivir hasta que todo vuelva al instante que no se puede nombrar.

XXIII

Hay que ser pacientes y tener esperanza, porque el amor, si estamos abiertos y receptivos, siempre vuelve a brotar, a nacer. Solo hay que estar atentos, alertas, y estar preparados cuando ese momento llegue.

LO SIENTO

Espero en la noche fría mientras en la calle están todos cantando y gritando. Aunque la ciudad está muerta y oculta su vergüenza detrás de la risa hueca. Y mientras, tú estás llorando a solas en tu cama, recordando la partida.

Lástima que nadie creyera en todo lo que ocurrió. Tan sólo nosotros ante el vasto mundo. Y por eso otra vez andamos perdidos desde el principio, sin saber a donde ir, a quién acudir. Por ello tenemos que sufrir y vender nuestros secretos, negociar, jugando inteligente, con dolor en nuestros corazones.

Lo siento. Siento el mal entendido ahora que el último día está amaneciendo. Nosotros queríamos, lo deseábamos, pero ninguno podía escuchar las palabras de advertencia. Y en las noches más oscuras, no supimos cómo luchar, y nos vimos atrapados en el sueño.

Lo siento. No creía que la ignorancia y el miedo tuvieran realmente tanto poder. Yo sólo lo veía como los sueños que se tejen hasta la hora final.

Sé que estás sufriendo profundamente, pero todavía se mueve en nosotros el futuro. Todo fue una sombra que nadie ve, pero sabes que es el destino. Y por eso empaquetaba mis bolsas siendo lento y minucioso. Sabes, aunque llega tarde, que el buque está seguro de que puede esperar.

Y el buque saldrá del puerto al amanecer, con las velas en su holgura, en la lluvia de la mañana fría. Me pondré de pie en la cubierta, sólo una diminuta figura rígida y restringida que mirará tus ojos azules llenos de dolor. Podré abrazarte si lo deseas, y partir juntos hacia el infinito mar.

Lo siento, mi querida y amada… lo siento… si ese amanecer nunca llega, y el barco muere vacío en su océano de soledad. Sea como sea, siempre te estaré esperando.

XXIV

Hay que saber perdonar, hay que saber aprender de los errores. Perdonar al otro también es un maravilloso acto de amor.

LA MIRADA INTERIOR

Entre lo externo de cada uno y lo interno hay un trecho que algunos llaman la mirada interior. Dependiendo del enfoque y la fuerza que esa mirada posea, lo exterior parecerá más bello o poseerá cierto atractivo capaz de enamorar a cualquiera. Incluso algo que ausente de mirada pudiera parecer tosco, se va embelleciendo a medida que la interiorización va cobrando protagonismo.

Le preguntaba hace tiempo a un amigo, dado mi estado de soltería, donde va la juventud de estos lares a divertirse. Me insinuó ciertos sitios en algún lugar cercano, pero me parecieron algo así como la tierra de los gorilas de montaña de Dian Fossey. Cuando era más joven, solía ir a ligar a las bibliotecas o a lugares solitarios al estilo la Isla de los Pingüinos que no a los explosivos volcanes de Virunga donde todo era excesivamente excitante pero carecía de la

delicadeza y el tacto que uno andaba buscando por esos tiempos.

Mientras mis coetáneos se marchaban a la discoteca de turno, era fácil sorprenderme practicando meditación trascendental en cualquier lugar exótico con gente particularmente exótica. Así, la mirada interior a veces se volvía mirada extraña para el ojo ajeno, y en muchas ocasiones, mirada insólita. Así me iba. Casi nunca ligaba y cuando lo hacía acababa la cosa en montaña rusa.

Recordando aquellos retazos de juventud, aquel día me fui a practicar raja yoga con un grupo de gente bonita. Entramos a la sala común. Cerramos los ojos. Cantamos tres veces el OM. Respiramos, nos relajamos, viajamos al interior explorando nuestras zonas erróneas. Seguimos respirando controlando cada pulso interior. Abría de vez en cuando el ojillo para ver si entre la fauna estaba aquella que sabía volar. Volvía a

cerrar, remiraba una y otra vez. Nada de nada. En fin, como un adolescente desarrollando esas técnicas de vigilia.

Al finalizar, y visto el poco éxito en la meditación y en el ligue, recordé la historia de cuando viajé a India y practiqué el raja yoga. También recordé cuando una vez que, practicando una intensa meditación en una excursión con la Cruz Roja siendo yo monitor por aquellos entonces, tuvieron que venir tres o cuatro personas a sacarme del trance en el que había entrado. Eso sí, el trance era justificado porque la mujer con la que hice la meditación era bien hermosa e increíble.

Pues eso, mirada interior, puente indispensable para ser bellos por dentro y por fuera. Y de paso, pasar un buen rato sin necesidad de drogas, éxtasis o cualquier otro artilugio que nos haga parecer más gorilas.

Pero sobre todo, para estar limpios, por dentro y por fuera. Solo cuando tengamos un corazón limpio, podremos atraer hacia

nosotros corazones afines, con ganas de amar, con ganas de compartir la aventura de la vida. ¿Qué queremos atraer? ¿Con quién queremos estar? Si vamos a la selva encontraremos animales, si vamos a los palacios del alma encontraremos princesas o príncipes bellos y hermosos. En todo caso, príncipes y bestias están siempre dentro de nosotros mismos.

XXV

En el amor, como en todo lo que hagamos en nuestras vidas, es muy importante gozar de una buena higiene espiritual. Estar limpios por dentro es igual de importante que estarlo por fuera.

LA FELICIDAD

La existencia está llena de decisiones continuas. Somos humanos porque tenemos capacidad de decisión reflexiva, de libre albedrío ante cuantos acontecimientos llegan a nuestra vida. Pero sobre todo, somos humanos porque cada decisión puede cambiar para siempre nuestro devenir. Inclusive las pequeñas decisiones diarias.

Hay momentos que requieren una profunda interiorización, una profunda reflexión antes de tomar una decisión que podría llegar a un punto de no retorno. Cada día pasa un tren por nuestras vidas, una oportunidad buscada o encontrada para poder dirigir nuestros pasos hacia nuevas metas, nuevas compañías, nuevas transformaciones radicales en nuestro existir. Algunas son precipitadas de forma súbita y otras pueden ser analizadas con calma, sin precipitación, buscando en

nuestro interior esa voz que nos debe guiar hacia el correcto camino.

Pero, ¿cual es el correcto camino? Hay una señal inequívoca para saber si andamos por el camino correcto: la felicidad. Si nos sentimos felices ante una decisión, eso significa que la decisión ha sido correcta. Si esa decisión nos trae malestar y tormento, es porque hemos errado totalmente en nuestras acciones. Es así como se construye la felicidad, incubando en nuestras vidas decisiones acertadas. Compaginando la obra que debemos interpretar, nuestro destino, con aquello que nos hace sentir plenos al interpretarla.

Pero no todo resulta tan simple. Felicidad es un término que gusta por muchas razones, pero quizás ninguna de ellas podría clasificarse como razones comunes. La felicidad consiste en seguir los designios de nuestro corazón, ya lo hemos dicho. Cuando haces eso, la felicidad llega. Cuando no,

cuando en vez de seguir el camino recto de tu alma te dislocas en desvíos innecesarios y erróneos, te sueles sentir infeliz. Creo que Dante lo quiso describir en su Divina Comedia, afirmando, además, que el amor es aquello que mueve al sol y las estrellas.

Por eso resulta inútil ir en búsqueda de la felicidad. Es mejor limitarnos a hacer aquello que consideremos dicta nuestro corazón. Tomando a la felicidad como un síntoma verdadero de que andamos por ese camino, nada más. Por lo tanto, la felicidad no es una meta, sino un camino, un síntoma de algo mayor y no un objetivo a seguir.

Mucha gente se siente infeliz quizás porque confunda la felicidad con una meta a alcanzar, cuando tan sólo tendría que tener el rango de despertador, o avisador, o regulador de la actividad diaria. Si eres feliz es porque estás haciendo esa cosa profunda y a veces tan difícil de descubrir como es tu propio propósito interno, la hermosa

aceptación de tu destino. Eso, y no otra cosa, es productora de felicidad.

Y en las relaciones ocurre lo mismo. ¿Por qué somos felices con unas y no con otras personas? Si estamos con una persona que es nuestra pareja y sólo pensamos cosas hermosas sobre ella, es una señal inequívoca de que es la persona con la que tenemos que estar. Pero sin en vez de eso tenemos pensamientos negativos sobre ella: "es egoísta, es vanidosa, es orgullosa", estos son síntomas de que algo está fallando y de que, o cambiamos nuestra percepción hacia ella, o cambiamos nuestra relación con ella, porque sin duda, algo va mal. Como en el poema de Kavafis: "los lestrigones y los cíclopes, y el feroz Posidón no podrán encontrarte si tú no los llevas ya dentro, en tu alma".

XXVI

La felicidad siempre es un indicativo de que estamos en el camino correcto y con la

persona correcta, realizando nuestra misión y participando activamente en nuestro propio destino.

SOBRE EL QUERER

Algo podemos querer. Al menos como se quiere a una plantita de algún jardín, aunque fuera del jardín del vecino, y la viéramos desde nuestra ventana y tuviéramos un deseo incontrolable de ir a regarla de vez en cuando, incluso ir a oler sus flores en primavera.

Vamos, que si queremos aunque sea como a esa plantita, podemos prometer un trueque mínimo, y de ser necesario, podríamos ir a hablar con el vecino y pedir si se puede poner la plantita en una maceta. Entonces sería fácil el transporte desde su jardín a nuestra ventana, donde la tendríamos cerca cada vez que quisiéramos. Y podríamos regarla y sentarnos a su lado para contemplar sus simientes y su verde clorofila.

Tal vez, incluso, con el tiempo, podríamos tomar un tallo y plantarlo en otra macetita

que pondríamos en nuestra habitación, quizás en la mesita donde dejamos la llave de nuestros secretos. Si le ponemos un platito debajo podemos regarla igual sin temor a que se manche la mesita de agua. Allí estaría bien, y la plantita crecería feliz.

Y ese querer, que es mínimo, no hace daño a nadie, ni siquiera al dueño de la plantita, que estaría encantado de ver como su jardín se expande por el mundo, desconociendo él mismo la importancia de un trozo de su jardín permanezca encima de una mesita de noche.

Quizás, si pensamos en esta mínima posibilidad, podamos conjurar nuestro corazón y perseguir la promesa del mañana. Si somos capaces de estos pequeños actos, de amar a una plantita, aunque sea la del vecino, o acariciar suave cualquier piedra que nos encontramos por el camino, quizás, entonces, podamos empezar a practicar la esencia del amor y comprender que con el

tiempo, podemos incluso amar a nuestro prójimo.

Quizás, y sólo quizás, cuando aprendamos a respetar a las pequeñas cosas que nos rodean, a todo aquello en lo que nos fijamos e incluso en aquello que ignoramos por prisa o falta de atención, quizás entonces podamos obrar el milagro que compensa y atrae todo cuanto es necesario.

Quizás algún día amemos de forma cósmica, es decir, incluyente, explosiva, infinita. Y entonces, cuando aprendamos a amar desde lo más pequeño a lo más grande, aparecerá ese amor verdadero, ese amor intenso, ese amor que siempre hemos anhelado y que espera paciente a que estemos preparados. Pero primero debemos aprender a querer, y sobre todo, debemos aprender a amar, desde el desapego y desde lo incondicional.

XXVII

Si bien el querer siempre surge de un

sentimiento egoísta, siempre es un paso previo para comprender los entresijos del amor. No podemos amar al otro si primero no hemos aprendido a amarnos a nosotros mismos.

EL ENCANTADOR DE SERPIENTES

Hay gente que tiene por costumbre acercarse a tu vida con la mayor sutileza del mundo, sin exigencias, sin apropios, sin agobios. Lo hace, acaricia con suavidad, mima con dulzura, sin excesos, sin torpezas. Luego hay otros que entran como un huracán, desordenando todo tu espacio, tu tiempo, exigiéndote que hagas esto o lo otro. Ves como alguien desea estar a tu lado, pero desean estar a base de asalto, de guerra de guerrillas, de patria o muerte. A veces eso se agradece, pero otras, resulta incómodo, incluso desagradable.

Agradezco los regalos en ese sentido, pero tras el regalo, en algunas ocasiones viene la exigencia, el recibir algo a cambio, aunque tan sólo sea atención. Resulta bueno exigir, pero debemos estar preparados para la exigencia. Debemos acercarnos sin miedo

al producto humano, encontrar en el prójimo un punto de referencia, de atención, cuando el amigo que tenemos en frente, o el enemigo, siempre debería ser nuestro punto de referencia, de interacción con el universo. Uno atrae a su vida lo que es, lo que expresa, y de ahí que "el otro" sirva como perfecto y pulido espejo donde ver reflejadas todas nuestras faltas, y en ocasiones, nuestras virtudes.

Porque la fatalidad no es gratuita. Viví toda la vida buscando el ideal del amor. Me dejé enamorar y encantar por las fatalidades de eso que a veces nos une. Pero entré tarde en el juego. Demasiado tarde. O mejor dicho, tardé algún tiempo en comprender realmente al amor.

Un día creí haber encontrado al ideal del amor encarnado en la ansiada búsqueda del alma gemela. Pero todo era ilusorio. ¿Como amar sin poseer? ¿Como amar sin adueñarnos de la vida del otro? Eso decía el

poeta, advirtiéndonos del error.

Y así viví, en el eterno error durante años. Siempre guardé la esperanza de cruzarme con ella. Un día, en una cocina anclada en una hermosa bahía de las tierras del norte encontré un ángel. Por un momento pensé que era "ella" y dejé toda una vida por seguir sus huellas. Todo fue inútil. Todo producto más de la ansiedad, de la locura, que del amor.

En el lejano oriente creí encontrarla de nuevo. Pero, de nuevo, la ley del infortunio. De la sinrazón, de la pérdida de sentido y rumbo, del ser arrojado al pozo de la desesperación.

Llevaba algún tiempo sin tener pareja, sin estar enamorado más que de la vida. Era extraño pues en los últimos trece años no recordaba haber estado tanto tiempo a solas. Pero esa soledad, al principio dura, ahora se volvía placentera.

Y hacía madurar a ese niño que buscaba

en la ficción de la vida la esperanza del mañana. Y por eso descubría, con cierta amabilidad y complicidad, que la que sabe volar solo vive en la imaginación de los hombres, y que sólo la mismísima reencarnación de Don Quijote podría hacerle volver a creer en ella.

Y mientras eso ocurría, seguía cabalgando, a solas, hacia cualquier Toboso, con la esperanza de que Dulcinea, la dama, la audaz melancolía que con grito solitario hiende sus carnes ofreciéndolas al tedio, siguiera esperando…

XXVIII

En el amor hay que ser exigentes y selectivos. Hay que abrirse al amor, pero no a lo iluso del amor. Hay que abrirse al destino, pero no a los caprichos del mismo.

AMAR EN LO PEQUEÑO

Amar en los actos pequeños es lo que nos hace grandes, no ante los hombres, sino ante el Universo, ese que nos dota de vida y nos obsequia todas las noches con sus luminarias. Ese que nos regala el sol y el viento y las montañas.

Ese que en silencio admira nuestras proezas humanas, porque Él admite como propio el saberse parte de nosotros.

Así, cuando pensamos en consciencia, es el Universo el que se piensa. Cuando sentimos en consciencia, es la Naturaleza la que siente a través nuestra.

Somos la voz encarnada del infinito aquí en la Tierra, y cuando pensamos sobre el infinito, atraemos al infinito hacia nosotros. Y también a nuestro otro ying o nuestro otro yang, para contemplar juntos la infinitud de la vida.

Cuando tomamos consciencia de nuestra finitud ante el infinito que nos rodea, debemos sentirnos privilegiados de cuanto somos y de cuanto tenemos. Y estar agradecidos por ser parte y partícipe de todo este milagro.

LA PRIMERA HISTORIA DE AMOR

Todos tenemos una primera historia de amor. La mía ocurrió cuando rondaba los 18 años, quizás menos, y era voluntario en la Cruz Roja. Un día me llamó la coordinadora de nuestro grupo y me dijo que había una niña con problemas. Sabía que me gustaban los casos difíciles y accedí a colaborar con ella.

Por aquel entonces trabajaba por las tardes de voluntario en Cáritas con un grupo de niños problemáticos indomables. El trabajo que me ofrecía esta vez era estar con una niña tetrapléjica en el colegio, especialmente a la hora de comer, donde la profesora de apoyo no podía atenderla y ella se quedaba sola y aislada en mitad de la nada.

Ni el colegio ni los padres tenían recursos para atender a la niña a esas horas, así que

acudieron a la Cruz Roja. Gema era su nombre y tendría unos diez añitos. Era una niña preciosa.

El primer día fue increíble. Al principio, no deseaba que me acercara a ella. Para colmo había lentejas y la niña Gema no quería comer. Las monitoras del comedor ya no tenían paciencia así que me senté a su lado sin decir nada. Pedí un plato de lentejas para mí. Puse cara como si no me gustaran y empecé a hacer el avión, como se hace a los niños chicos para que coman. Me metí una cucharada en la boca mientras ponía una cara horrible. Realmente las lentejas estaban malísimas, pero tragué fingiendo que me gustaban. Una cuchara, una mueca diferente. Hacer el payaso siempre se me dio bien.

La niña, desconfiada al principio, empezó a reír y ahí cacé su complicidad. Me acerqué aún más hasta que conseguí hacer el avión y tragara su primera cucharada. Así hasta que

se comió la última lenteja. Fue maravilloso.

Pero la prueba dura vino después. Tras terminar de comer le pregunté qué solía hacer. Muy triste, llorando, me decía que como no podía caminar siempre se quedaba sola. Le guiñé el ojo y nos fuimos al patio del colegio. La saqué con cuidado de su aparatosa silla de ruedas y nos sentamos uno en frente del otro. Empezamos a jugar a mil y una cosas. Entonces los niños empezaron a acercarse y querían participar en los juegos. Todo el grupo estaba allí, y Gema, la reina, el centro de atención.

Un día, emocionada, me abrazó y me cantó una canción que aún llevo conmigo y me conmueve cada vez que la recuerdo: "Xavi es mi amor".

Esta es una de las historias de amor más hermosas que he vivido. Pasan los años y siempre me pregunto que habrá sido de Gema.

XXX

Hay muchas formas de amor. El amor de pareja es una más. Por eso es importante entender el amor desde su más extensa amplitud, sin reducirlo ni esclavizarlo a nuestros modelos.

AMAR EN TIEMPOS REVUELTOS

Estimada amiga,

Admito que me sorprendió gratamente el conocerte. Romántica y soñadora es una conjunción peligrosa para aquellos que andamos viviendo de forma algo despistada en la nube del romanticismo.

Hoy cierta confusión se apodera de mí pues pensaba que esta raza de mujeres estaba extinta. Mis creencias se resumían a imaginar una fábrica de nubes habitada por seres angélicos cuya única misión es la de "volar", entendiendo el vuelo como lo hacía Mircea Eliade y que tan bien describió en su librito "El Vuelo Mágico". Porque este tipo de situaciones trata de eso: de la magia. De esas chispas cargadas de emoción que nacen ante el encuentro entre la esperanza y la lucidez, la belleza y la sublime visión de un mundo nuevo. Del amor en su más elevada

dimensión.

Se supone que cuando un hombre conoce a una bella mujer por la cual se queda espartanamente encantado debe actuar de forma inmediata para que la luna creciente -esta vez en la casa de acuario- aproveche sus influjos y permita el hechizo necesario.

Pero resulta que soy muy torpe en esto de los influjos, y a veces me cuesta desempolvar las esencias de cada momento. Por ello baste decir, y sin mayor dilatación, que me encantó conocerte y que me encantó descubrir que existen mujeres como tú y que si algo es cierto es que el amor no puede buscarse en ninguna pantalla imaginaria, sino que surge, se encuentra de forma inesperada en cualquier lugar, en cualquier rincón de nuestras vidas.

Y eso me emociona y me llena de esperanza. Así que gracias por iluminarme y por advertirme. Seguiré estando atento, porque los guiños del destino cada vez son

más frecuentes.

XXXI

No hay que dejarse llevar por las apariencias, ni por los encantos aparentes. El amor es un camino complejo que requiere de tiempo y dedicación. El amor a primera vista es solo un fugaz aviso. El amor de verdad requiere constancia y trabajo.

¿IRÍAS AL INFIERNO POR AMOR?

Una amiga me llamaba quejándose porque su novio sólo le dedicaba diez minutos al día de atención. Y cuando estaban juntos más de diez minutos sólo era para discutir y pelear. Su novio le pedía perdón por la situación, le decía que andaba pasando por una mala época y que debía afrontar un momento difícil. Pero mi amiga decía que su amor es tan grande que necesita estar más de diez minutos con él, que eso no es suficiente. Realmente puedo comprender el sentir de mi amiga. Pero a veces me temo que confundimos amar con querer, es decir, entrega absoluta con necesidad absoluta.

Hace no mucho tiempo pasé por un infierno parecido. Mi compañera de entonces se quejaba de lo mismo, de que no le dedicaba el suficiente tiempo a la relación. El

motivo era parecido al del novio de mi amiga: una situación infernal. Había días que apenas podía estar ni una hora con ella. Para mí esa hora era, sin embargo, como un trozo de cielo. Una hora o diez minutos de amor y comprensión eran suficientes para calmar toda una endiablada jornada de desdichas y dificultades.

A veces resulta difícil ponernos en la piel del otro, descifrar los enigmas de porqué una vida parece arrancada de la propia existencia y arrojada a un mar ácido de profundos abismos. Pero quizás exista algún motivo, alguna razón, por la que en ese instante, precisamente en esos momentos duros, debamos estar al lado del otro y amarlo en silencio y comprensión, en respeto y amor verdadero.

Quizás sea en ese momento de angustia, cuando nuestra pareja está mal y no puede dedicarnos diez minutos de atención, cuando más debemos arrojar nuestro amor hacia él

o ella, con respeto y apoyo incondicional. El amor debería manifestarse con más fuerza en los malos momentos, por eso de juntos en lo bueno y en lo malo, en la pobreza y en la riqueza. Sí amiga, diez minutos. Quizás esos diez minutos sean suficientes para empezar a creer en el amor verdadero.

XXXII

El amor requiere de mucha empatía, de mucha escucha activa, de sabernos poner en la piel del otro, de renuncia y entrega incondicional. Debemos abrirnos a las necesidades del otro e intentar pactar las nuestras. Y debemos estar preparados para hacerlo.

HABLEMOS DE SEXOS

El sexo crea monstruos, pero también dioses. Por eso es bueno discernir entre unos y otros, sobre todo en los tiempos que corren, para no culpar al sexo de las atrocidades que pueda provocar por su mal uso o por su mal entendimiento. Como cualquier otra cosa, el sexo es neutro, y tiene sus propias funciones bien definidas, ya sea en los planos físicos, emocionales, mentales o espirituales.

El sexo, en sí mismo, no es bueno ni malo. A veces viene acompañado de amor y a veces no, a veces provoca emoción y a veces no. Cuando ocurre lo último, es simplemente un intercambio químico que produce una sensación placentera en varios niveles. Esto, como todo en la vida, no es malo ni es bueno, siempre que se ejerza de forma voluntaria y no violenta.

Es cierto que el sexo, o la carencia del

mismo, es uno de los mayores motores de estrés y violencia que existen. Pero también es válvula de escape de emociones frustradas, de energía acumulada, de pesadez existencial, de karma pasado. Y también de creación. Crea seres, crea emociones, crea energías, crea pensamientos, crea espíritu y crea amor, con amor. Quizás en esta, y no en otra, esté su verdadera grandeza. El sexo como acto creador, como acto de amor, como instrumento del amor.

En un plano más elevado, alejado de lo esencialmente físico, hay, además, intercambio de emociones. La expresión puramente física y animal, visceral, traspasa la barrera de lo anímico para agregar el añadido etérico de la emoción.

Aquí se construyen puentes y lazos que van más allá del simple contacto químico. Se añade sustancia vital, protoplasmas astrales que provienen de esos mundos sutiles que

tanto nos cuesta comprender. Aquí, el puro deseo se desgarra, produce risa y llanto, miedos y alegrías. Jamás quedas indiferente ante un sexo emocionado, o teñido de pintura rebelde, de pura vibración. Aquí, el sexo, de nuevo, no es ni bueno ni malo, pero ha sido tanto su poder, que ha cambiado iglesias, pensamientos, reinos y vidas. Casos extremos, locuras, enamoramientos, pero también muertes, sufrimientos, posesiones y alguna que otra guerra o maldición. El cosmos de nuestro planeta se vale del sexo para subsistir.

La emoción que se suma al potencial energético del sexo produce grandes cosas, buenas y malas, dependiendo del sentido que les demos a cada momento. Sin duda, no nos deja indiferentes, nos toca, engendra huellas, nos confunde, nos enloquece, irrumpe en nuestras vidas y nos ciega. Provoca emoción y dolor y alegría. Y también arte. Los artistas son sexos andantes porque

entienden la importancia del acto creador. Y ciencia y filosofía. Y ordena la violencia en eso que llaman política, que no es más que una masturbación controlada y adornada que provoca civilización.

Pero más allá de estos estadios, del puramente físico y el puramente emocional, existe el sexo que viene acompañado de amor. Aquí la palabra como expresión sublime de la comunicación silenciosa ejerce un significado más profundo. Pues el sexo se convierte en comunicación, en compartir, no en dividir, sino en sumar y fusionar. Posiblemente sea el momento de mayor aproximación a la experiencia mística, pues este tipo de sexo, a veces, no necesita contacto, ya que la parte orgásmica de la unión no tiene que ver con los planos físicos o emocionales, sino con aquellos que se abandonan en lo invisible de la cámara de en medio.

El punto donde el corazón se transforma

en red de redes y amasa para sí todo cuanto desea. Una mirada, un roce, una canción, un paseo, un abrazo, pueden provocar mayores cuotas de deseo sexual que el mero y placentero roce físico. Aquí no hace falta penetración, ni fornicación, ni felación. Baste un simple pensamiento para creernos en mutua comunión con el otro.

Aquí ya no hablamos de deseo, ni de querer queriendo, ni de simple enamoramiento, sino de pleno amor. Amor como entrega, amor en silencio, amor alejado del egoísmo, donde lo único que merece ser vivido es la felicidad del otro, el servicio al otro. No es un amor posesivo y no entiende de entregas personales. No divide, sino que multiplica. No esclaviza, sino que libera. No se encierra o concentra en una o dos personas, sino que es capaz de abrazar al conjunto de la humanidad en un solo y único deseo: amar amando.

Este, y no los otros, es el mayor sexo de

todos, porque incluye lo físico y lo emocional, pero puede trascenderlos hasta el punto de dejar de necesitarlos. Por eso este amor prescinde de todo. Nace libre y cuando lo hace, ya nunca muere.

Permanece para siempre, porque no ata, porque no presume, porque no mancilla, porque no mancha ni teme. Se mantiene flotante en las esferas de lo inescrutable. Es allí, en lo insondable, donde nace y permanece. Es allí, en lo incognoscible, donde explota en millones de esencias que bañan a todo cuanto alcanza. Allí, en el silencio, se ama amando, en plena confianza y entrega, compartiendo una vida armónica y generosa.

XXXIII

El sexo es un acto sagrado. Si lo practicamos con amor, estamos ofreciendo al mundo un regalo incalculable. Practiquemos el sexo con consciencia y tendremos en nuestras manos uno de los mayores poderes y beneficios.

EL LAGO AZUL

Aún recuerdo los eternos paseos junto al lago en aquel hermoso e increíble país. Alguien me preguntaba si no era al lago a quién amaba. Muchas veces pensé así, que quizás eran aquellas montañas, aquel paisaje exuberante, aquellas corrientes de aire fresco y limpio, aquellos cielos revoltosos cargados de sorpresas. Quizás era aquello lo que realmente amaba.

Pero no puede ser así porque de los paseos junto al lago ni siquiera recuerdo el color de sus aguas, ni el llanto o sabor de sus olas calmas. Sin embargo, ahora, en la lejanía, puedo recordar con la intensidad de los dioses cada uno de los suspiros, alientos y sabores que sus besos y entrañas despedían.

Esa duda quedó entonces despejada. Pero aún quedaba una más. Estos dos días en la Montaña han sido duros. Producto en

parte por el cansancio metafísico que llevo arrastrando y por los sinsabores de la rutina, del devenir diario. Pero la dureza iba fraguando cuando los pequeños detalles que nos hacen grandes abren las canillas del aire y nos deja respirar profundamente.

Un amigo me escribió y me mandó un hermoso regalo para mi cumpleaños. Me preguntaba como diablos había descubierto que mi cumpleaños era en estas fechas y admiraba por ese motivo el detalle, el pequeño detalle que lo hace tan grande. No el hecho de su obsequio, sino el hecho de haber pensado en ello y haber articulado ese gesto hermoso, un gesto de amor y generosidad.

Y otro buen amigo también tuvo su gesto al disculpar esa mañana, invitándome a una "entera con tomate", todas mis andanzas de antropólogo invadido por el afán de descubrir el mundo. "Viajas mucho", me repetía una y otra vez. Y tienes razón

querido amigo, pero es tan difícil el no hacerlo cuando hay tanto por descubrir. Además, mis viajes son como los de Juan Salvador Gaviota, que no comía, que no dormía con tal de sentir ese viento liberador en sus alas. Resultaría interminable la lista de hambrunas materiales que esos viajes conllevan. Las mismas no serían soportables por cualquiera que no antepusiera sus sueños a todo lo demás. Por eso, si dejara de hacerlo sería contraproducente, porque sería como quitarle el pan al hambriento o el agua al sediento. Habrá entonces que convivir con este pequeño mal y buscar fórmulas para poder entender la naturaleza del alacrán.

Y aquella misma tarde tuve una hermosa conversación con una bella amiga, que viendo todo lo ocurrido me invitaba a pasar un fin de semana en la playa y así abrazarnos como lo hacen los nacidos dos veces, con respeto, con amor, con desapego,

con complicidad. Lo haremos querida, porque aunque aún no sepamos si venimos de las Pléyades o de los mismísimos infiernos de este mundo, en cada suspiro compartido alcanzaremos la gloria del cielo que nace de la sincera amistad.

Y luego también llamaron otros como si intuyeran que ese era un día para pasar con amigos aprovechando que el Wesak, el gran festival espiritual budista, se aproximaba un año más, siendo tiempo de abrir la visión.

Y así quedé pensativo durante un buen tiempo, repasando en ese vespertino momento todo cuanto había acontecido mientras que me alejaba poco a poco del lago, de sus orillas, para transportarme a lo profundo de toda esta esencia: el amor, el amor callado.

Amar de nuevo en silencio, irremediablemente. Como si ese y no otro fuese el verdadero significado de todo cuanto acontece en este minúsculo universo.

Es la ley de atracción, la misma ley que sostiene planetas y galaxias, en desapegada sintonía unos con otros. Allí, estrellas que flotan, amantes fortuitas de su condición estelar. Aquí, hombres y mujeres que se esfuerzan por comprender la verdadera esencia de sus órbitas errantes.

Amar en silencio, sí, otra vez. Lejos o cerca del lago, pero recordando y amando cada uno de aquellos suspiros, amando hasta que duela, porque así es el amor, el que nos hunde y nos eleva y en su roce produce dolor, dolor placentero, llevadero.

Dolor inquieto, dolor que nos mantiene vivos, abiertos, despiertos, elevados en la máxima potencia. Sí, amor, en el lago, pero también en los regalos del día a día, en la "entera con tomate", en la playa y en las llamadas de unos y otros. Amor en lo grande y en lo pequeño.

¡Ah sí! El lago… era un lago azul… ahora lo recuerdo… ahora la recuerdo… Ella solía

llevarme allí a pasear con sus caballos. Y con su viejo perro.

XXXIV

¿Hay algo más grande que el amor? Quizás el saber perdonar a los que yerran, porque somos humanos, porque somos limitados, divinamente limitados, pero con la capacidad de perdonarlos y perdonad al que nos adolece. Y sobre todo, saber perdonarnos a nosotros mismos.

EXPIRACIÓN

Tierna lira, arremete cuando el espantoso viaje concluya.

La música que no llegue en ese instante será porque el silencio arrasó su tierna rozadura.

Por ello los pórticos salivarán cuando la madera cruja y el aire traspase su último aliento.

Junto a la luz amarillenta que perfuma la oscuridad doliente, esa que promueve la ilusión de todo cuanto hubo pasado y ya no existe.

Y allá, en el más allá, el estruendo, increíble insensato que desnuda el añil del árbol, que provoca la retirada sutil de la esfera taciturna.

Agua, sálvate, agua, tiembla, corre, penetra.

Fuego, brillante aliado, no me dejes alejado, murmulla en el baladro final.

Tierra, húndeme, penétrame.

Aire, que expiras y conspiras, llévame hasta lo más alto, hasta lo más inalcanzable.

Allí donde la tierna lira arremete...

XXXV

El amor es arte y poesía, y requiere ser tratado con suavidad y respeto, con admiración, con mil brazos y once cabezas de compasión infinita.

HERIDO POR LAS FLECHAS DE LA INCERTIDUMBRE

Cuando descubres la fuerza del Thelema nada temes. Te sumerges en la pleamar vital de la existencia hasta que fluyes sin temor a nada. Así ocurrió cuando la noche en la que celebramos el solsticio me dejé llevar por la llamada y amanecí en campos riojanos. Allí esperaba ella, herida por las flechas de la incertidumbre en estos retales de vida compartida y ansias de vivir. Se sentía sola y vacía, porque durante mucho tiempo había confundido los amores con el amor.

En algún momento le dije, o quizás sólo lo pensé, algo sincero: "me limito a seguir la ley de mis adentros". Sonó presuntuosa, pero era una frase honesta. En alguna parte debió calar porque al poco tiempo

andábamos surcando montañas y parajes imposibles rodeados de tiernos abrazos interminables que perpetuaban la alegría. Fue hermoso, no lo voy a negar. También fue algo onírico. Porque ahora, recién llegado a la Montaña, lo recuerdo como un sueño…

XXXVI

La vida es un mapa que se dibuja ante nosotros. El corazón, lo que uno siente en cada momento, es nuestra brújula. Elijamos bien a nuestros compañeros de viaje, porque ellos harán mejor o peor la travesía, pero siempre la harán más placentera.

DRISHTI

El drishti es una técnica oriental que consiste en mirar fijamente a los ojos de alguien. Independientemente de las creencias de cada uno, me parece un ejercicio increíble. Mirar frente a frente a un alma, a un ser humano que también te penetra con su mirada, es, como dice la canción de los Miserables, mirar de frente a Dios.

Esa transparencia, ese sentir, esa cualidad llena de significados donde uno se vacía frente a otro, donde dos almas libres se abrazan con el palpitar del latido. Quizás todo sea tan simple como eso. Quizás la humanidad sólo tenga que pararse un ratito cada día para contemplar a un ser querido desde las cavidades del alma.

No dudemos en practicarlo. Mirarnos los unos a los otros y empezar a creer en otro mundo posible. Y luego, tras sentirnos en

comunión con el otro, no olvidemos darle un abrazo sentido. De esos que nunca se olvidan y que nos hacen tiernos y amables. Amemos, que al final de nuestros días, será lo que mejor recordemos de todo.

XXXVII

Cuando hables, cuando pasees, cuando estéis en silencio, cuando pasen los años, cuando os separéis, cuando hagáis el amor, cuando os beséis. Nunca dejéis de miraros a los ojos. Al hacerlo, estáis mirando al alma de quién es vuestro guía, maestro, compañero y protector.

PEREGRINOS DEL CORAZÓN

El misterio de las horas, de lo finitamente temporal, se reparte entre los gemidos del alma y la cárcel de los sentidos. Tras todo vuelo mágico siempre hay una especie de aterrizaje forzoso al mundo ilusorio. Y de forma súbita aterrizamos, de nuevo, lejos de nuestra morada, de nuestro refugio, de nuestra apacible salvación. Es así como llegamos tarde y nos levantamos temprano para coger el primer camino dirección a…

Qué importa el lugar. Lo importante es que aquí nos espera la sospecha, o mejor aún, lo sospechoso de un proceso que a veces lo calificamos como las nubes de un ocaso o el verde agraz de una consecuencia madura y lista para ser servida en el banquete final.

No cuestionamos los misterios de la vida o del amor, sino los sollozos que se

derraman cuando una cama aparece vacía, o se siente vacía. Y en esos espacios que concurren en silencio no existen normas para el soplo de la inspiración. Pero sí lugar para ese sabor agridulce de sabernos sin futuro, sin tiempo, preñados exclusivamente de un presente determinante, angustioso, improvisado.

No sabemos si esperar al próximo llanto o seguir por las vías de la incertidumbre. Las fuentes del error, nuestros grandes consejeros y maestros, nos advierten de que hagamos lo que hagamos siempre seremos peregrinos del corazón. Así son las pruebas de todo laberinto. Y mientras no salgamos del mismo, aparecerán una y otra vez las camas vacías, y estaremos solos, completamente solos en esta ridícula y asfixiante comedia.

XXXVIII

Debemos ser fuertes, muy fuertes para enfrentarnos a las pruebas del amor. Y la

fortaleza nacerá de nuestro saber estar, de nuestra amabilidad inclusive en los momentos más difíciles, y sobre todo, de nuestra generosidad ante la adversidad.

El PASAJE DE LA DESOLACIÓN, O DE CÓMO PARTIÓ EL BARCO DE LA MELANCOLÍA

La aridez se mezcla con el sudor de una tarde de verano en la que suenan con fuerza las potencias del waka waka, un sonido extraño que intenta camuflar una realidad extraña. Al mismo tiempo, libera, a modo de temperamental energía, todo un cúmulo de rabia e impotencia acumulado durante este exceso de crisis.

La carta "for a man who my heart can not forget" también suda desolada mientras espera respuestas que no llegan. Se suman a las grietas de roca que envuelven este lugar tan lleno de plenilunios e infortunios y que me abraza como avispas celadas. La armónica ahorcada, aquella que tantas veces

toqué junto a mi guarida guitarra, silba agarrada a su trance y suspira. Y su inquietud es como aquel viejo interludio, un pasaje que asoma a esta noche perpetua e interminable.

Mi Romeo se queja mientras su Julieta sugiere posibilidades a la manera del equilibrista de cualquier circo. Aún espero el beso de la princesa para convertirme, algún día, en su plenitud azul.

Por eso consulto una y otra vez a la pitonisa de la desolación: ¿qué es más noble para el corazón? Es cuando, bajo la ventana, escucho el silencio con su chasquido de hierro frío para, más tarde, reencontrarme con el rugido del esplendor y su gran arco lleno de iris, índigo, rojo o violeta, que más da con tal de que ilumine todo el cielo.

No prestaría atención a nada si no fuera porque todo duele. El sí, el no, el quizás, la vieja incertidumbre y la maldita ambigüedad. Por eso paseo, con la armónica

ahorcada y mi guarida guitarra, por el pasaje de la Desolación.

Una taza, un te quiero, un suspiro, un silencio. Un flautín, un aroma, un recuerdo, una imagen en este paseo solitario. Todo hasta la próxima media noche, en el que el abrazo vuelva a convertir a este topo, sapo o gusano, en el Romeo principesco, en el cebo del amor. Y toda la sangre azul provoque el éxtasis vertical que una aquellos elefantes soñados.

Mientras, el mediodía provoca el sudor, la tarde, desidia, aspereza y rigor. Castillos enteros de sufrimiento, de temor, de arrebatos. Porque en el fondo, toda noche reclama su parte y toda promesa su penosa estrechez. Así tiene que ser y así será hasta que la medianoche vuelva.

XXXIX

El amor que se urde en las bajas pasiones, desde los instintos, desde las segregaciones de la tristeza y la desesperación no es

verdadero amor, sino, llana y simplemente apegos, miedos y fracasos.

AMORES POSMODERNOS

Los tiempos cambian y las estructuras que gobiernan al ser humano intentan amoldarse a los nuevos paradigmas. El amor, al menos el sentimiento de amar no ha cambiado, pero sí su forma de organizarse. Ahora parece todo más digital, más virtual, menos sentido, menos palpable. Y confundimos la mayoría de las veces al amor con el deseo. El primero es incombustible, el segundo muere en cuanto se logra, fallece al satisfacerse. Motivo por el cual, quizás, las relaciones de hoy día sean fugaces y breves. Son nacidas del deseo y no del amor.

Miro a mi alrededor y tengo amigos solteros que no soportan a mis amigas solteras y amigas solteras que no encuentran a amigos solteros adecuados. Y cuando se encuentran duran juntos una semana, un mes, un año y poco más. Todo

fruto del deseo o del capricho pasajero que espera que todo gravite sobre nosotros, de forma egoísta, olvidando que el amor sale fuera de sí, fuera de nosotros, para gravitar en el otro. Amar es gravitar hacia el amado hasta el punto de que esa entrega es capaz de producir dolor. La monja Mariana Alcoforado escribía así a su infiel seductor: "os agradezco desde el fondo de mi corazón la desesperación que me causáis, y detesto la tranquilidad en que vivía antes de conoceros".

Pero hoy día no queremos sufrir, ni entendemos el verdadero significado de la entrega, incluso cuando esta entrega representa cierta pérdida de nosotros mismos. No existe el sustento del compromiso o la responsabilidad quizás porque la emancipación tanto del hombre como de la mujer ha creado otro tipo de valores y situaciones que no tienen porqué perdurar en el tiempo. Y esa emancipación y

libertad aún no ha sido del todo digerida, comprendida, insertada en nuestras vidas con cierta normalidad. Y entonces el conflicto crece entre nosotros y el mundo, porque la Naturaleza desea que experimentemos la entrega y el compromiso, la generosidad y amemos como lo hacía la señorita Lespinasse: "os amo como hay que amar: con desesperación".

Antes parecía inevitable ese "te quiero porque te necesito y por lo tanto te soporto". Ahora parece más normal decir eso de que no te necesito, y por lo tanto, te apunto en mi agenda para ver si eres capaz de cubrir algún hueco.

Lo cierto es que este tipo de relaciones de hola y adiós me ponen algo triste. Los que crecimos leyendo a Bécquer o Shakespeare aún guardamos la esperanza de toparnos con esa imagen romántica del amor ideal. Esa idea platónica de un imposible que jamás alcanzaremos por

tratarse, precisamente, de algo puramente extraterrestre.

Así que la tristeza se suma a cierta rabia. Rabia que sucumbirá cuando mire a la agenda y vea que por fin tengo un hueco que quizás alguien valore y aprecie.

Como dijo el poeta: "Mi estrategia es en cambio más profunda y más simple. Mi estrategia es que un día cualquiera no se como, ni se con qué pretexto, por fin me necesites". Táctica y estrategia, de Mario Benedetti.

XL

Más allá de las prisas y la virtualidad de nuestro tiempo, no olvidemos que amar requiere contacto, abrazos sentidos, caricias, miradas y largos y silenciosos paseos cogidos de la mano.

DE HACE TIEMPO

En la lejanía que nos separa imaginamos mundos, algunos posibles y otros imposibles. El deseo se vuelve puro y se entremezcla entre la ilusión pasajera y el ardor por no poder estrechar aún más nuestros cuerpos.

Pero en lo invisible todo es posible, por eso estoy paseando y tú paseas conmigo. Aprieto tu mano contra la mía. Respiro. Respiras y siento cierta melancolía. Lo admito mientras tú me miras, comprensiva y amorosa desde el espacio infinito. Y aquel globo que te llevó tan lejos se convierte en estrella.

Y mientras lees estas letras decides parar, estrechar de nuevo mi mano y abrazar la infinitud. Esa que ahora cubre todo mi recuerdo y peregrina como pequeños dioses entre todo aquello que nos separa y nos aproxima. Deseo tanto estar contigo. Respiras, respiro, ahora juntos, ahora

conspirando de nuevo en la noche y en el día, tal y como habíamos deseado cuando realmente suspirábamos al amanecer.

Ya queda menos para el reencuentro, ya queda menos para la eternidad. Tengo ganas de ti, te dije. Tengo ganas de sentirte dentro de mí, decías.

XLI

El amor no conoce de obstáculos ni de distancias ni de tiempos. Porque nace puro del corazón, ese vínculo que une las cosas pequeñas con las grandes, lo finito con lo infinito, excitando constantemente a nuestra alma.

LAS REGLAS DEL JUEGO

La última noche dormí cerca de Aranjuez. No hizo mucho frío ni pasé mucha hambre como en días anteriores, así que pude afrontar el último trayecto despejado y despierto. Horas antes había paseado solitario por los increíbles jardines del Real Sitio. En una de sus fuentes había una pareja de ancianas que jugaban a las cartas mientras escuchaban algo de música en su radio portátil. La imagen me pareció conmovedora.

Me senté a su lado y estuve una hora observando como jugaban, como discutían si las cuentas estaban mal y como anotaban meticulosamente, casi como en un acto sagrado, cada una de las partidas en una libretita roja.

De vez en cuando me miraban, al principio con algo de desconfianza y luego con curiosidad. Un tipo solitario, a esas

horas, sin hacer nada, medio ausente, medio fuera de sí. Cuando el sol ya se despedía y tras el recuento de puntos, recogieron los bártulos, las cartas y la radio y se marcharon satisfechas.

Me quedé sin su compañía, mirando las hojas secas que caían de los castaños y viendo como las parejas paseaban con sus hijos entre bromas, atavíos y costumbres. Había algo de tristeza en esas imágenes. Algo de penuria y pesadez.

Recordé la elegancia del señor Talese y una frase que leí suya en un periódico días atrás: "la pareja no dura por sexo ni por amor, sino por respeto". Me gustó la frase y la llevé conmigo todo el viaje.

Durante estos meses había apostado por ese tipo de relaciones basadas en el respeto como alto valor, a sabiendas que todo eso de la química y demás son añadidos a veces artificiosos y forzados que ayudan en las relaciones pero que no siempre son

suficientes para sostenerlas. Sin embargo, llegar a esa conclusión debe ser cosa de dos. Como esas ancianas que jugaban a las cartas. Sabían las reglas del juego y pasaban una linda tarde escuchando música. En las relaciones, sean del tipo que sea, es necesario entender las reglas del juego, esas reglas que no están escritas pero que de alguna forma intuimos. Reglas que tienen que ver con el tacto, con la empatía, con la atención, con los cuidados, con el cariño, con la sinceridad, con la generosidad, con el apoyo, con la confianza, pero sobre todo, con el respeto. Supongo que el señor Talese, viejo lobo, sabrá lo que dice.

XLII

La elegancia del respeto debe ser la llama que ilumine toda relación. Esa es la mayor regla de todas. Conquístala, lúchala.

HORIZONTES LEJANOS

No sé qué acontecerá mañana. Ni siquiera sé qué acontece a cada segundo de existencia. A veces nos contemplamos a nosotros mismos frente al espejo de la vida y creemos descifrar un ápice de algo, de un algo que se nos escapa por sutil y maravilloso.

Y otras sentimos con desespero, como si fuera humano, como si la humanidad en la que estamos pudiera con las brasas y el ardor de lo vivido.

Y otras… otras simplemente nos dejamos llevar por la sutileza de las cosas que acompañan el despertar, o por la sensación de querer ser uno con el otro. Y en esas andamos en los instantes de ternura, de compasión, de silencios y esperas. Eso que los sufíes llaman "el desvelo del ser amado", ese "te recuerdo, te presiento, te tengo anclado en este momento". Como si el

mundo terminara en cada suspiro suyo y nuestro.

Y entonces nos encontramos de repente vagando entre cielos y lunas. Escribiendo en un atardecer hermoso, tanto que me hubiera gustado robarle de ese océano en el que se encuentra para trasladarla sólo dos minutos a contemplar tan increíble espectáculo.

Vagamos por sueños y noches mientras esperamos su llamada.

Mándanos su luz condensada en lunas, lámparas o estrellas, para que el reencuentro sea hermoso y duradero. Ya sientes su rumor en el horizonte de nuestra suerte.

XLIII

El amor no vive instalado en la incertidumbre de lo que pasará en el mañana. El amor es gerundio y vive y experimenta en nuestro presente. No lo asfixies en el después, tan sólo eterniza cada momento vivido y sentido en el ahora inmutable.

LA FUERZA DEL DESTINO

A veces la vida te premia con regalos inimaginados, con experiencias que intuyes en alguna parte del Siendo pero que desconoces en cuanto a lo inevitable de lo real.

La vida siempre es soberana e impone su voluntad, ignorando y rechazando los miedos, las incertidumbres y todo aquello que siempre nos mantiene desconectados del fluido vital. Nos empuja y nos advierte de la urgencia del vivir, de la necesidad imperiosa de hacer de cada minuto único sesenta segundos de experiencias inolvidables.

Me siento totalmente doblegado, siento la fuerza acrecentada de una emoción abierta, grande, dichosa, que mece en mi pecho los hilos subatómicos del sentir. Algo que resulta difícil describir sin pasar inevitablemente por los puentes

fundamentales del espíritu. Quizás sería más fácil decir que todo ser es ese sentir, un sentir que ha vuelto a creer en la esperanza, en la multiplicidad de la simplicidad, en lo profundo de sorprenderse por el aleteo de una mariposa o por la magia de creer en mundos imaginados. Quizás sería más fácil describir este cúmulo de emociones inclasificables como en los cuentos de hadas. Esos cuentos donde todo es posible y lo maravilloso se convierte en cotidiano mientras que lo increíble forma parte de la experiencia diaria. Así que…

Érase una vez una princesa de ojos azules, de intensa mirada y mágica presencia. El reencuentro de dos almas en la calma del océano, en la profundidad del valle, en la esfera interminable de la bóveda celeste, en las estrellas y en los mares, en las montañas y en los pergaminos del recuerdo. Érase una vez el reencuentro con la que sabe volar, con aquella que bajó de la

patria estelar para adueñarse de un trozo de alma peregrina, de un instante ya grabado en la retina de la noche, con un suave tacto perfumado por los halos del encanto nocturno. Érase una vez un abrazo tan sentido que ni siquiera el viento cuando roza suave las velas de un navío desplegado hacia el viaje podría superarlo.

Érase una vez un sueño. Érase una vez la magia. La vida sentida en intensidad diez en la escala Richter. Un mundo desplegado en las sabanas de la esperanza. Érase una vez la hábil metamorfosis de una mirada preñada de sueños, de abrazos, de promesas. La grandeza del origen, la mirada intrépida de un rey mítico y los oídos tapados de un Ulises. Érase una vez un viaje lleno de propósito y significados, donde los alaridos del ocaso se mezclan con la ensoñación del nuevo día. Érase una vez, en palabras de Dante y Goethe, ese eterno femenino que nos atrae hacia arriba.

Érase una vez los doce trabajos de Hércules, las idas y venidas de Prometeo y la luz inevitable del mito anclado en la verdad. El susurro de un aliento, de un aire expresivo y cálido, de un acelerado ritmo cardiaco, de un devenir hacia la definición más aproximada de la entrega. Érase una vez, si es que todo esto es posible en un instante jamás escrito, un rayo de luz fulminante que a los dos hizo uno y al uno, misterio. Érase una vez una Tormenta.

Que la esperanza los guíe y que, como todo cuento que se precie, sean felices… La Forza del Destino lo quiso, y que así sea por siempre.

XLIV

La vida nos tiene reservados regalos extraordinarios que debemos saber apreciar, proteger y conservar como si fueran tesoros únicos, increíbles e irrepetibles. No presionemos a la vida, dejemos que ella actúe.

ESPERANZA

Me llamaron aquella mañana desde la radio para hacer una entrevista. Contestaba a cada pregunta con una gran sonrisa en los labios, como si en vez de palabras surgiera música y en vez de conceptos expresara algún tipo de poesía. Estaba enamorado.

La otoñal primavera salió al paso en su forma más elevada, transmitiendo una metamorfosis que producía extrañeza, pero al mismo tiempo una paz profunda. Es como si lícitamente pudiera decir que ese otoño sí traía consigo los frutos maduros. El insólito privilegio de sentirme seguro de cuanto ocurría, porque lo que ocurría nacía desde lo más hondo, desde donde nace el alma, desde donde reside, respira y conspira constantemente.

Así, mientras la periodista me preguntaba sobre la hermosa presentación dirigida y orquestada por esa gran alma, suspiraba de

emoción y merecido despertar. También cuando recordaba las anécdotas de aquella otra que ocurrió en un pueblo perdido y anclado entre valles y montañas. Especialmente cuando los cuatro elementos se levantaron para acompañar ese acto cuasi mágico.

Y luego el viaje. Ese viaje mitad vigilia mitad sueño donde el alma envuelve al cuerpo y lo abraza suave en la fusión, en la herencia de la unidad interior que parte del contacto con el otro.

Nunca pensé que fuera posible poder mirar por una pequeña ventana no sólo un extenso cielo azul, sino un infinito inimaginable. Y eso durante horas, sin que existiera la noche o el día, sin que existiera el rayo o la oscuridad. Sólo dos seres mirándose, eternos, suficientes, sin tiempo, sin espacio, flotando en una atmósfera vacía que iba llenándose poco a poco con el calor de sus cuerpos.

Había un movimiento inverso dentro de esa quietud mistérica. Había un respirar, no dos, sino uno, que conspiraba a un ritmo equilibrado entre el crematorio interior y la fuerza exterior.

Un aliento poderoso, tímido al principio, pero honrado. Un aliento acoplado al suspiro cósmico de la ocasión única, soberano y emancipado, con un mensaje que se repetía una y otra vez: la esperanza es posible. Es cierta más allá de la ceguera y el miedo.

Gracias Tormenta por empaparme con tu sudor y tu vida. Gracias por abrirme los ojos y dejarme ver.

XLV

El milagro ocurre. Sólo hay que abrir las compuertas del llanto y dejarse llevar por el fluir de la vida. Sólo hay que creer y actuar con fe en las maravillas y los entresijos de esta increíble existencia.

LA ESPERANZA ME SIRVE

Aquel triste día escribía sobre el amor. Estaba desilusionado y había perdido toda la esperanza. Llevaba mucho tiempo solitario y pasó mucho tiempo más faltándome el aire, el suspiro, el aliento. Hubo un leve respiro en verano, un halo de esperanza que se desvaneció en un abierto mediodía en el que la luz apretaba fuerte y la oscuridad presumía a sus anchas. Valga las contradicciones del universo, la esperanza se marchitó aquella misma tarde. Es como la vida de un árbol. Cuanto más crece hacia el cielo, hacia la luz, más crecen sus raíces hacia la oscuridad, hacia el mal. Somos seres contradictorios, y el universo dual en el que vivimos a veces es como un desordenado péndulo.

No deja de ser paradójico que pocos meses después paseaba con ella por las calles húmedas de Salamanca. Era noche

lluviosa y paramos en un bar a tomar algo. Defendía en ese instante la ineficacia de la esperanza, la fragilidad de la misma, el sentido ridículo de pensar que todo puede ocurrir, o no. Y en ese momento, ingenuo y despistado, no era consciente de que la esperanza empezaba a pasear junto a mí. Fue revelador descubrirlo días más tarde, en una noche de ópera, inspirada en un libreto de Beltor Brecht, en un paseo nocturno, en una interminable conversación y en un abrazo infinito, poderoso, sentido, muy sentido.

La vida nos abruma con sus lecciones. Creemos saberlo todo pero siempre tiende a sorprendernos. Por eso ahora pienso con precaución, o mejor dicho, por eso ahora prefiero no pensar y dejarme llevar, fluir con el devenir de la vida.

Ella es más sabia que nosotros y sabe ajustar los tiempos, los ritmos y las pausas para que nuestro pasear sea espléndido.

Incluso en los momentos amargos, en las frías noches de nuestro invierno, en los infiernos más temblorosos. Todo encierra una enseñanza. Todo enseña un aprendizaje. Y ya ni siquiera me pregunto para qué, si al fin y al cabo moriremos sin despejar ninguna de las más antiguas dudas e incógnitas.

No importa. Fluir con la vida y experimentarla en cada segundo es lo más maravilloso que puede pasarnos. Respirar… conspirar… respirar… conspirar… Ahí, en esa sencillez, reside todo. Respirar… conspirar…

Y por eso ahora, tiempo después de aquel escrito melancólico, puedo decir que la esperanza me sirve.

XLVI

El amor se encarna una y otra vez dulcemente a la espera, inevitable, de que nosotros nos unamos a él, de que bailemos con él, de que nos abramos a él. Y cuando nos abrimos al amor, la vida se abre a

nosotros y el milagro ocurre.

EL AMOR DE ATALA

Los que han paseado por las interminables galerías del Louvre saben que detenerse una eternidad sobre obras vivas puede llegar a inspirar emociones de todo tipo. Y a obras vivas me refiero a esas que de alguna forma te conmueven y nunca te abandonan.

He recibido, incluido en un artículo para revisión, un impresionante cuadro de Girodet expuesto en el parisino museo. El reencuentro con "El entierro de Atala" me ha impactado de nuevo. Sobre todo porque representa ese ideal de amor perpetuo, aferrado a la vida incluso en la misma imagen de la muerte.

Ese joven, el joven Chactas al que Atala ama hasta morir, según la novela de François-René de Chateaubriand, se aferra desesperado al cuerpo muerto de su amada. Es la viva muestra del amor que los

románticos de cualquier época persiguen.

Un amor sin medida, un amor que impresiona y que palpita a cada instante, a cada segundo. Un amor que no exige, sino que da sin esperar nada a cambio. Un amor desesperante cuando no se encuentra y sublime cuando te envuelve. Un amor que se conquista a base de sueños pero también realidades, de magia, fantasía y momentos tangibles, próximos, plagados de música, abrazos y miradas infinitas.

Hasta hace poco creía que este amor ya no existía, que se había esfumado de la faz de la tierra, que todo esfuerzo por buscarlo era inútil. Pero hoy, a las seis de la mañana, alguien recitó un poema infinito rematado con una emoción, con un sueño, con una promesa, con una esperanza. Debió ocurrir en las Pléyades, en un espacio infinito, pero no importa. Era real, estaba allí, y pude abrazarlo.

Gracias a esa Tormenta misteriosa vuelvo

a creer en las hadas, los príncipes y los sueños. Atala murió de amor. Ojalá todos, cuando muriéramos, lo hiciéramos envueltos en los abrazos de un ser querido y que esos intensos gemidos nos acompañaran hasta el otro mundo. O viceversa.

XLVII

El amor es perpetuo. No muere cuando muere el hombre, no se marchita cuando el corazón se marchita. Más bien migra de un ser a otro, de una eternidad a otra, esperando el cuenco que ha de servirle como nuevo soporte.

NAMASTE

De nuevo me inclino ante ti. Es una de las cosas que más me gusta cuando estoy contigo. Inclinarme agradecido, saberme ante un ser humano lleno de vida y de amor. Mirarte a los ojos y observar en su profundidad el alma que llevas dentro, la mujer completa que eres. Me inclino con respeto y devoción. Con admirable ternura ante el ser que tengo delante, puro reflejo de la vida que todos deseamos, llena de belleza, ternura, amabilidad, armonía, sabiduría, paciencia.

Me inclino y te aprecio. Rozas suave el cuerpo contra el mío y me abandono a tus deseos. Es algo que me obliga a recordar que tengo un ser admirable ante mí, un ser que merece la mayor de las felicidades, un ser que derrama luz incluso en la noche más oscura. Por eso me inclino y te doy gracias una y otra vez, sin descanso, sin pensar en

mayor grandeza que la unión de dos seres que se aman.

Hoy estamos separados y mañana estrecharemos de nuevo nuestras almas. Me volveré a inclinar ante el reto de no olvidar nunca que aquello que la vida nos da es un regalo bendito, divino, digno de rendición y admiración.

El éxtasis que siento cada vez que mis átomos penetran a los tuyos debe estar rozando ese satori que los místicos buscan ansiosamente. Unirme a ti es como unirme a todo el universo entero, una especie de catarsis que pretende descifrar todas las paradojas que se hayan tras el velo del misterio existencial. Y mañana será un día hermoso en el que nos reencontraremos y viviremos juntos nuestras primeras navidades. Me emociona tanto el pensar en esa idea, en este nuevo reencuentro.

He perdido la noción del tiempo porque cuando te miro a los ojos es como si te

conociera desde hace más de un millón de eones. No existe medida de tiempo que pueda describir el conocimiento profundo que tengo sobre tu ser. Y eso deriva en confianza profunda, en sentido profundo, en amor profundo, verdadero, limpio, natural, esencia de las esencias más puras y cristalinas del universo.

Mi cielo, mi estrella y mi sol, mi vida y mi aliento. Sólo una noche nos separa. Sólo una noche más para volver a mirarte a los ojos y con ternura, inclinarme con sumo respeto y amor sobre tu pecho alado y aclamar benditos suspiros.

XLVIII

Cada vez que amemos, recordemos que tenemos ante nosotros a un ser sagrado, a un ser único e irrepetible que merece el mayor de los respetos y la mayor devoción de la que seamos capaces de ofrecer. No te prisiones en ella ni la conviertas en costumbre o pensamiento esclavo, pero

siente en tu pecho el dulce sabor de la rendición.

CUANDO DESPERTEMOS, HAGÁMOSL JUNTOS

Aquella mañana una amiga me preguntaba como me sentía. Le explicaba alegre que después de un verano duro, el otoño se mostraba ante mí como un cuento de hadas, como una especie de historia de príncipes y princesas llena de magia y encuentros increíbles. Un momento que merece la pena saborear y conquistar a cada instante para hacerlo eterno y duradero. Ella, intuitiva, como si leyera en mi rostro de voz todo eso que sentía, me envió el siguiente escrito:

Tus fantasías de cuento; un cuento de personajes de lugares lejanos, que hablan lenguas inteligibles y se visten con ropajes hermosos y variopintos, que miran de modo diferente y en la enigmática mirada se

refleja la belleza de un alma sin matices, personajes que se recrean en bellas mujeres que por lejanas parecen inalcanzables... y entonces, el héroe de tu cuento de princesas, plebeyo que se hace príncipe por amor, lucha desaforadamente por rescatar a la bella dama de las garras de cualquier dragón que la persigue de siglo en siglo, de vida en vida y de galaxia en galaxia…y entonces, en esa cadencia de los tiempos y espacios se pierde la mirada en el infinito y ohhhh, se cruza con la suya y un rayo fugaz, imperceptible a los adormecidos ojos de cualquier lector, crea la realidad del amor.

Añado a esta historia lo que la Princesa Real, además, me dijo: "Y cuando despertemos de este sueño, hagámoslo juntos. Cuando despertemos, hagámoslo cogidos de la mano".

XLIX

El amor es una promesa y un compromiso que debemos cumplir y respetar. No puede

romperse por un capricho o un mal momento. Hay que saber estar y hay que ser responsable con nuestras decisiones. Si nos entregamos, que sea con toda nuestra alma, en lo bueno y en lo malo.

DÍAS DE GLORIA

La sala estaba llena, más de un millar de personas según informaban en la televisión. Pude disfrutar del espectáculo en primera fila. Abrazar a amigos, sentir su presencia, el latir de esos pequeños ángeles. Había una mano que apretaba la mía. Unos ojos, diría luminarias, que acariciaban mi rostro y me dejaban mudo. Él estuvo a la altura, espectacular. Me miró y la miro a Ella. Me guiñó el ojo y su amiga, sentada junto a nosotros dijo: "creo que te acaba de dar su aprobación". Apreté de nuevo con fuerza su mano. Estaba ahí, presente, podía sentirla, podía escuchar su latir. Hace un año me tocó estar sentado en el escenario. Este año, por cosas del guión, no había sido así. No me importaba. Estaba feliz, muy feliz.

La gloria y sus días son efímeros, duran un instante. Pero la felicidad compartida, el poder mirar a los ojos frente a frente al ser

que amas, eso no tiene precio.

Hubieron luego abrazos sentidos. De unos y de otros, de tantos que ya no podría ni siquiera nombrar. En la cena le envié un mensaje mientras nos mirábamos a los ojos. Nos dio tiempo a cenar y volver, volver y seguir caminando juntos, felices, temblorosos por la emoción de pensar que los momentos vividos sólo están ahí en ese instante.

Luego desaparecen y hay que volver a renovarlos, hay que volver a luchar por conquistar un nuevo segundo. Aquel día comprendí la esencia de la verdadera gloria. Un beso, un abrazo. Mi mundo, mi reino por un beso, un abrazo y su mirada.

L

Amemos las pequeñas cosas del amor, los pequeños gestos. Son ellos los que construyen toda una vida. El amor no vive del aire, hay que cuidarlo, mimarlo, regarlo. Un beso, un detalle, una sorpresa, una

caricia, un abrazo, una palabra... Es una manera hermosa de dar forma fiel al amor.

LA CUEVA DEL BOLERO

Fuimos a un lugar perdido para disfrutar de una música en directo hermosa, mitad melancolía con tonos franceses, mitad rabia. Una de las canciones hablaba de una pareja sentada en un bar, rodeada de gente que disfrutaba de una velada parecida a la nuestra, en un ambiente parecido al nuestro.

La mujer parecía nerviosa, inquieta. Miraba hacia la puerta de atrás en un bolero imposible. Allí apareció el amante, apuesto, luminoso, increíble mientras su pareja se ahogaba en alcohol. La canción, en francés, contaba las veces que la mujer miraba hasta la mesa donde él se encontraba, ignorando al resto del mundo. Un, deux, trois, quatre, cinq…

La melodía era triste pero a su vez contemplaba lo difícil que resulta engañar al mundo. Podemos engañar a nuestros amigos, a nuestras parejas, podemos

engañarnos a nosotros mismos, incluso racionalizar nuestras actitudes, pero jamás podemos engañar al corazón y todo lo que muestra, todo lo que enseña.

No se puede engañar, ni a lo que alberga en su interior. Cuando se intenta, grita de rabia, de rabia contenida, e intenta volver una y otra vez hasta el punto de su deseo. Deseos, emociones, aspiraciones, esperanzas. No recuerdo el final de la canción. Ni como terminaba la melodía.

Sólo resuena el estribillo melancólico y triste, la rabia final contenida en un francés adecuado al momento… un, deux, trois, quatre, cinq… Así hasta treinta veces treinta. ¿Qué hacer? ¿Qué decir? El corazón siempre manda. Hay que seguir sus pasos. O perseguir nuevos deseos, nuevas esperanzas, nuevas y emotivas aventuras. No vale la tregua. Todo es lucha constante. No vale la venganza. Todo se ha de hacer con amor verdadero.

LI

Los celos nacen de la inseguridad y nunca son buenos compañeros. El amor no puede exigirse ni se puede dar esperando recibir. El amor no se compra y por lo tanto, no puede nacer ni crecer de la inseguridad y la desconfianza, del miedo o la rabia.

AMANDO

Abiertamente consagramos el corazón a todo cuanto amamos. Entonces las noches se vuelven sagradas y los días se llenan de promesas que consisten en amar con fidelidad, hasta la muerte, sin miedo. La pesada carga de fatalidad que todo lo envuelve irremediablemente es esquivada con grumos de esperanza.

Ataduras que nos amarran a la vida sedienta. Sedienta y hambrienta de nosotros sin despreciar ninguno de sus enigmas, recordando lo frágil que puede resultar todo. Así nos atamos al amor, en un lazo mortal que nos aproxima al imaginario de lo excelso. Alguien me hablaba alguna vez de la fuerza del desapego. Amar sin poseer, amar sin esperar nada a cambio, amar en libertad, siendo fieles al amor, al sentimiento que nos envuelve.

No hay mayor fidelidad que la de amar en

cada noche sagrada, en cada día sublime, soportando los posos de lo irremediable. Amar ahora, en este instante, concentrando toda la atención en ese momento único.

Amar amando, desplegando ante nosotros todas nuestras mayores facultades y actitudes. Estando atentos, siendo justos y equilibrados. Buscando en cada segundo, en cada instante, la fragilidad y sutilidad de la vida. No hay tiempo que perder, amemos intensamente, ahora, en el infinito que se despliega ante nosotros en la mirada del otro. Amemos porque no hay tiempo que perder. Todo, al final se acaba, y solo nos queda ese instante fugaz.

LII

El amor nace desde la fortaleza de no sentirnos atados a nada, ni a nadie, por eso la verdadera consagración pasa por una inevitable conjura del amando. Sólo se puede amar desde el gerundio inmediato. Todo lo demás carece de sentido porque

dejó de existir o aún no ha existido.

AMOR IDEAL

El ideal del amor siempre ha sido una persecución obstinada y obsesiva generación tras generación. Todos aspiramos a estar con la persona ideal, con el ser amado perfecto que nos acompañe en este viaje sideral en la nave Tierra. Pero muchos confundimos el amor ideal con el amor sentido, experimentado, frecuentado, con esa constante emigración hacia los otros reales, de carne y hueso, sintientes.

Para algunos psicólogos, hay personas que son incapaces de encontrar el amor debido a carencias afectivas del pasado, tendiendo a idealizar el amor y huir con ello de la realidad. Una mujer que haya tenido carencias afectivas de su madre, pasará toda su vida buscando ese afecto en muchos hombres para cubrir el amor de madre que no tuvo en su niñez, siendo su vida un cúmulo de insatisfacciones continuo. El vacío

que posee nunca podrá ser cubierto por nadie, de ahí su infinita búsqueda del hombre ideal. Lo mismo ocurre en los hombres que carecieron de afectividad paterna. Nunca encontrarán a su mujer ideal porque su vacío resulta enorme. Nunca será un hombre satisfecho y de ahí nacerá su necesidad de búsqueda continua de placer en muchas mujeres. Y cuanto mayor sea el número de personas que pasen por nuestras vidas, mayor el vacío que sentimos, porque, tal y como decía Ortega y Gasset, nos hemos negado a culminar la alegre aceptación de lo real.

Por eso el ideal debe desarrollarse en lo real. En nuestra pareja, en nuestra relación, en nuestra experiencia diaria. Hacer de la persona que tenemos enfrente la mejor de las experiencias posible, y crear, con esfuerzo y trabajo, la relación ideal, el amor ideal en nosotros y en ella.

Por eso el ideal siempre estará dentro de

nosotros. Y será mejor o peor dependiendo de todo aquello que hagamos para que así sea. Amar es entregar, es servir, es dar sin esperar nada a cambio. Todo lo que hagamos en ese sentido para nuestra pareja, será amor ideal.

LIII

El amor ideal, el amor completo, deberá aportar intimidad, compromiso y pasión, pero sobre todo, generosidad, una inmensa generosidad rebosante de confianza y aceptación. El mayor ideal será convivir con la realidad tal y como es, sin desvirtuarla, sacando lo mejor de cada cosa, apreciando con alegría cada instante.

LA COMPLEJIDAD DE AMAR AL SER HUMANO

Hablaba con un amigo joven, guapo, con dinero. Pasea por Madrid con descapotables y le encanta disfrutar de la buena vida. Habla siempre de las mujeres como trofeos. Es un cazador nato, pero siempre amable y sincero, incluso cuando el cazador a veces se ve cazado, sin saber distinguir muy bien esa suprema aspiración de individualidad a dos, ese juego de cercanías y distancias, ese fundir sin confundir.

Esta vez parecía enamorado. Me dijo una frase que me gustó mucho: "Ella es la mujer con la que deseas ir cogido de la mano por la calle, la mujer que deseas presentar a toda tu familia y a todos tus amigos". Me gustó ese cambio de actitud, esa madurez repentina y aparente.

Su frase me acompañó toda aquella semana y cuando paseaba por las calles de

Madrid iba mirando a la gente, a sus rostros. Veía a parejas cansadas, que se besaban sin mirarse a los ojos, que apenas hablaban más preocupados por los mensajes del móvil que de cualquier otra cosa. Parejas que preferían pasear con distancia, sin rozarse, sin tocarse, sin mirarse, como si fueran dos desconocidos para los demás.

Me acordaba tanto de la frase: "Ella es la mujer con la que deseas ir cogido de la mano por la calle". Más que una frase parecía una actitud ante la vida, un valor que merecía reflexión. Me interrogaba sobre esos detalles, especialmente en estos tiempos en los que las muestras de amor parecen vetadas al ámbito privado. Una cosa extraña que es mejor esconder, ocultar de forma esotérica.

Amar se ha convertido en una especie de religión donde sólo es posible confesarse en templos cerrados y oscuros. Y ante la frase de mi amigo, me preguntaba: ¿por qué

encerramos el amor al ámbito privado? Quizás por miedo, quizás por moda, quizás porque las expresiones del amor han cambiado.

No lo sé, y nunca le había dado importancia, hasta que un día vi a una pareja que iba cogida de la mano y de repente se separaron cuando uno de ellos vio a un amigo. ¿Por qué ese cambio? ¿Por qué ese rechazo? ¿Por qué esa actitud ridícula?

Lo cierto es que la frase de mi amigo me ha recordado esta semana esa imagen y no he podido más que pensar en ella en voz alta. El amor debe ser algo natural, de alegría porque el otro exista y de aceptarlo tal y como es, en el ámbito privado y en el público. Siendo capaces de deseo, de sentimiento, de apetito sin excluir lo sexual, pero sin reducirlo a ello en ese juego de cercanías y distancias, de respeto y comprensión.

Sin excesos, sin empalagos, simplemente natural y cómplice, cariñoso. El amor adolescente requiere de aprendizaje, el amor maduro de complicidad, confianza y cariño. En todo caso, el amor siempre es difícil porque trata de conocer y compartir algo tan importante como la vida con el ser más complejo del universo: el ser humano. Algo verdaderamente enredado y difícil.

LIV

No hay mayor excelencia que la de, en lo bueno y en lo malo, compartir el cariño. Abrazar al ser que amamos, mirarle a los ojos con atención y firmeza, cogerle de la mano, acariciar su cuerpo y su rostro, hacerle sentir grande y poderoso ante nuestra presencia y ante el mundo, ante nuestra inquebrantable apuesta por estar con él, por seguir con él, por confiar en él.

LAS PENAS DEL JOVEN WERTHER

A veces los sueños también pueden ser una llama. Sueños en el tiempo que caen como lágrimas entre la lluvia. Como aquel día gris en Madrid, con aguacero tenue que se deslizaba por el cielo como llanto empapado deslizando su carga por rostros suplicantes.

Un día para pedir socorro y caminar con cautela por las estepas del alma, conmovidos, solitarios. Motivados por el zumbar del viento, el cual pide tempestuoso abrazos, calidez humana, arrastrado por las nieblas y el estrépito de la soledad más amarga.

Un día que apetece estar con los seres queridos, sintiendo próximo su calor y el chasquear de sus corazones despertando al torrente de vida. Habrá muchos que no podrán hacerlo, como el joven Werther,

incapaz de seguir con vida ante el tormento de no poder abrazar a su amada Carlotte.

Un espíritu errante y que vaga en pena con el convencimiento de que el canto de Ossian ha desplazado de su corazón a Homero. El drama de su vida inspiró a muchas generaciones de románticos sensibles que vieron como el amor era simplemente una ficción o anhelo imposible de conseguir. Por lo tanto, lo mejor era la muerte antes que el desvelo por la desesperación.

Parece como si nuestro mundo no estuviera construido para mentes y corazones sensibles. Por eso, para muchos que no son capaces de reponerse a tanta maravilla perdida, es tiempo de morir. Pero ante la inevitable muerte de Werther, me imagino a su Carlotte gritando desesperada: "¡Oh, amigo!, querría sacar la espada, como un noble guerrero, liberar de una vez a mi príncipe del tormento cruel de la vida que se

extingue lentamente, y enviar mi alma tras el semidiós liberado”.

Quizás esa frase, tan inspirada y cargada de esperanza, sirva a los románticos de nuestro presente para seguir adelante. Y morir cuando toque, no antes.

LV

La paz espiritual y la alegría empiezan por uno mismo, y luego se trasciende hacia el otro. No hacia la imagen del otro, sino hacia el otro verdadero. El amor nace ante la necesidad del alma de regenerarse con esfuerzo y dedicación.

MESES DE DESTINO

Una noche como hoy de hace ya muchos meses la vida cambió radicalmente. Sonaba la Forza del Destino y parecía que esa música estaba obligada a proporcionar las claves de un nuevo forcejeo con la vida. La magia quiso que esa noche de equinoccio llenara cada rincón de pureza y brillantez. La orquesta celestial gemía ante lo que parecía inevitable. En alguna parte debió estar escrito, quizás con tinta dorada, el hilo que conduciría inevitablemente al centro de ese laberinto.

Y allí estaban, en su plenitud, aquellos intensos ojos azules que brillaban como dos luceros del alba en plena penumbra. Aún recuerdo aquella mirada interminable, tan llena de magnificencia y fortaleza que comunicaba con su leve silbido melodías profundas. Han pasado muchos meses de aquel momento, y este tiempo ha sido como

colinas inmensas que había que escalar, como estrellas que había que sujetar con manos siderales, como caminos que conducían a los cinco continentes, entre valles y montañas, ríos y océanos. Y de aquel equinoccio hemos sobrevivido al siguiente. Muchos meses han separado uno del otro. Otoño y primavera que se dan la mano en una extraña conjetura.

Estoy feliz por el viaje, por las pruebas superadas, por el aleteo que aún recorre las entrañas cuando recuerdo todo el viraje de babor a estribor. Los mares que nos conducen a la plenitud del alma siempre son inescrutables. Nada ansío de nada, sino seguir explorando sus confines.

Gracias Tormenta por todo cuanto me has enseñado. Gracias por todo cuanto has compartido. Los cielos se siguen abriendo ante la promesa del mañana. Las grietas de los abismos que hemos sorteado siguen pareciendo solamente lo que son: pruebas

del laberinto. Habrá más vuelos. Habrá más cielo. Habrá más esperanza. Porque la fuerza del destino marca siempre el compás de nuestras vidas. Y así debe ser.

LVI

Los caminos del amor, duros y escarpados, pueden herirnos fácilmente. Pero hay que creer en él, aunque pueda asolar y dirigir nuestras vidas. Debemos ser siempre dignos de amor.

A LA IZQUIERDA DEL ROBLE

Hoy ha sido uno de esos días inútiles, donde todo lo que pasaba era fruto de la desesperación o la desidia. Un pasar las horas anclado en el recuerdo, o más bien en la esperanza. Recordaba, mientras mataba el tiempo en el jardín, el poema de Benedetti, "A la izquierda del roble". Y no sé si les ha pasado alguna vez a ustedes, que se han sentido árbol o prójimo con el único requisito de que la ciudad exista tranquilamente lejos.

Decía el poeta, y yo recordaba mientras arrancaba una a una las cepas sobrantes, que los insectos suben por las piernas mientras la melancolía baja por los brazos hasta llegar a las manos, donde, con un suave cierre de puños, la atrapa.

Resulta que el secreto es mirar hacia arriba. Como si el amor fuera un brevísimo

túnel y ellos, los enamorados, se contemplaran por dentro de ese amor. Y yo quería encerrarme en ese túnel y no salir. Vagaba, sin saberlo, como un muchacho que está diciendo lo que se dice a veces en un jardín cualquiera.

Y en el mío no encontré robles, pero sí encinas. Y junto a ellas, desojaba una por una todas las flores que podía encontrar. Incluso había una morada, que a falta de pétalos, le arrebaté la sabia y sus hojas. Había algo de poesía en el gesto, algo de temblor y miedo, algo de rebeldía y rabia, algo de terrible incerteza y desesperación.

Sentía un cuerpo caminando por el jardín, y un alma, arrebatada, que caminaba por una cocina de olores familiares, de bromas cualquiera y de ese Ačiū! que recuerdo con la melancolía de cada inseparable momento. Y dolía, dolía el recuerdo.

Sí, ahora, en la soledad más desolada, desearía estar de nuevo en esa cocina, y en

ese túnel de enamorados, reviviendo sin control lo dulce y amable de aquel tiempo. Desearía volver sobre mis pasos y esquivar los errores y tormentos.

LVII

El amor nos eleva pero también nos hunde. Corona nuestras vidas pero también las poda. Eleva nuestras ramas hasta lo más alto del cielo al mismo tiempo que hunde nuestras raíces en las más profundas oscuridades.

AMAR EN TIEMPOS DE CRISIS

Aquel día me visitó un arquitecto que tiene un estudio cerca de mi casa y me contaba lo mal que lo está pasando el sector desde que empezó la crisis. De un tema pasamos a otro y tras una charla entretenida, sin saber porqué y de forma muy natural, hablamos de amores.

Me decía que lo estaba pasando mal en el plano material dada la crisis de su sector, el de la construcción, pero que su novia, con la que lleva algo más de un año, de buena posición social, bien formada y con un buen trabajo, aún no la había dejado. La broma, o la anécdota tenía un trasfondo. El propio arquitecto dijo: "en estos tiempos de crisis, si tu novia no te deja, es que es amor verdadero". Le he guiñado interiormente y me ha encantado su complicidad con la vida.

Al mismo tiempo me escribía mi querida

amiga mexicana. Nuestra relación amorosa, ella ya recién octogenaria, nació hace muchos años, cuando vivía aún en Barcelona allá en los años noventa.

Ella publicó un hermoso librito que yo reseñé para una revista de literatura. A ella le gustó tanto la reseña y a mí tanto su libro, que empezamos un idilio amistoso que ha durado por siempre.

Hablamos durante mucho tiempo sobre el amor, ella desde su perspectiva y yo desde la mía. Y mientras leía su carta, recordaba las palabras del arquitecto: el amor, querida amiga, se pone a prueba en estos momentos de crisis, y si triunfa, será para siempre.

LVIII

Cuidado con aquellos amores que nacen del interés, de la ocasión o de la hipocresía. Si alguien te da la mano por codicia, cuando la mano esté vacía la soltará con la misma rapidez con la que la agarró cuando estaba llena.

EL DESVELO DEL SER AMADO

Hacía algo de fresco y el cielo amaneció gris. Por la mañana había llovido algo. Fue un día interesante, lleno de intrigas cósmicas. Me senté a escribir un rato en la novela que estoy preparando, en Alexandra. Pero de repente vi a mucha gente que salía de la nada. Casi podía ver sus almas transitar con sus cuerpos pesados y lentos. Y en eso me fijaba, y al ser consciente de que dentro de cada uno de esos bultos había almas, seres inteligentes, pensantes, cocreadores con la naturaleza del absoluto, quise salir con ellas para saludarlas a todas.

Saqué mi mejor sonrisa y salí un poco a la calle. Tenía ganas de abrazar a todo el mundo, así que lo hacía con la sonrisa. De repente, me dieron muchas ganas de abrazar a un ser muy especial. Un ser que aguardaba en alguna parte a que el interior

responda a la llamada. Miré de izquierda a derecha, porque justamente la conocí hacía un año por esas calles y pensé, ingenuamente, que a lo mejor volvía a aparecer por entre el tumulto. Un año disfrutando, a veces más, a veces menos, de sus profundos ojos azules, de su exquisita sabiduría y de su increíble trayectoria vital, cargada de experiencias y vivencias únicas y privilegiadas.

Y miraba una y otra vez por si aparecía para abrazarla estrechamente, sentidamente, con el deseo de ese que ama en la larga espera, con el eterno desvelo del ser amado. En agosto, cuando la fatalidad se añadió al trance, todas las tardes me sentaba en el jardín debajo del viejo árbol y cerca del fósil. Allí esperaba, mirando fijamente a que llegara de un momento a otro. Allí esperé todos los días, todas las tardes, paciente, nervioso, desesperado. Allí esperé hasta la desesperación.

LVIII

Hay que desterrar los anhelos de nuestra alma. Sólo cuando estamos vacíos y el fruto maduro, podrán entrar nuevas experiencias en nuestras vidas.

SOÑANDO AMORES HUMANOS

Escuchaba conquistado la hermosa letra de la increíble canción de Pablo Milanés mientras pensaba sobre el amor, el amor humano. Ese que necesita expresarse de alguna manera, aunque sea como una declaración de amor romántica que no repara en formalidades.

Amar con dolor, con rabia, con orgullo, con miseria, con desprecio. Pero también con complicidad, con comedia, con chispa, con gracia, con ternura y roce. ¿Y qué ocurre cuando falta todo eso? ¿Inclusive la soledad acompañada de los malos momentos?

Es horrible sentir la necesidad de rozar su mano, su cabello, mirar su rostro y besar su aliento y no poder hacerlo por mil razones. El pecho late deprisa ante la impaciencia, ante la prisa de golpear las derrotas y renunciar a ver el sol cada mañana con tal de estar ahí.

Presente. Doliente.

Así es el amor humano. Como una cucharada llena de agrio veneno que cae eternamente sobre los posos vacíos del alma. Pero también un beso dulce, de vez en cuando, ante la mirada atenta de cien mil estrellas que derraman su luz ante la impasividad cósmica del infinito.

Siempre nos queda la llama. Esa que nace de la esperanza, de la fe en retomar nuestras vidas hacia el sentido sempiterno del amor. Es algo indestructible en nosotros, porque el Creador, el Hacedor de todos los talentos ya nos imprimió en la fábrica humana ese sello inconmovible.

LIX

Sigamos amando a la manera humana hasta que nos convirtamos en ángeles y podamos preñarnos del sentido profundo del verdadero amor.

COLGANDO EN SUS MANOS

Hace tiempo prometí a una persona muy especial que cuando despertáramos del sueño en que vivíamos lo haríamos cogidos de la mano. La preciosa idea fue suya, pero la promesa fue mutua y me entusiasmó por su alto valor cargado de esperanza. El despertar ocurrió pronto, quizás demasiado pronto, porque ambos queríamos toparnos con la realidad, queríamos saborear como éramos realmente, como sentíamos y pensábamos realmente. Queríamos conocernos en lo bueno y en lo malo.

Un día ella soltó mi mano. Fue un acto inocente, simbólico, pero quizás premonitorio. La dejó caer primero una vez y luego algunas más hasta que dejó de cogerla, rehuyendo cada vez que yo intentaba rozar sus dedos, abrazar sus palmas con la esperanza de que recordara la

promesa. Un día dejó de mirarme, de abrazarme, de besarme. Un día dejó que mi alma cayera en la profunda convicción de que la esperanza se había marchado para siempre. Un día dejó de llamarme y de escribirme, hasta que el olvido del sueño y las promesas se derramaron por el suelo y fueron pisoteados por el tiempo. La última vez que la vi me dio dos besos en la mejilla, como si fuéramos dos desconocidos. Me dio las gracias por acompañarla al aeropuerto, y se marchó.

En las relaciones de cualquier tipo, el desapego forma parte esencial del amor. Siempre pensamos en el otro en términos de propiedad, olvidando que son seres humanos libres y deseosos de experimentar la vida en libertad. Por eso, si alguien te suelta la mano, lo mejor es dejarla ir, sin querer apretarla, sin querer poseerla, sin querer amarrarla. Ese es el mejor acto de amor, y sin duda, es lo mejor que puede ocurrir para

ambos si ese es el verdadero deseo mutuo.

Una amiga me ayudaba a entender todo esto. Me escribía en los siguientes términos: "ya sabes que cuando se cierra una ventana se abren muchas más y más grandes….la pantalla se ve diferente….clickea en el buscador de tu sistema operativo y mira por dónde quieres navegar y explorar… es fácil… refresh your browser y busca por dónde puedes brillar más".

Pero soy un hombre de palabra, y mi mano franca sigue extendida hasta el infinito. Y mi único deseo, mi único sueño es ver de nuevo esa mano suya sobre la mía, ese amor suyo sobre el mío. Y ahora lloro, la lloro, extendiendo ríos de lágrimas mientras intento desesperado que mi mano siga siendo franca.

LX

Así actúa el universo. Basta que cierres una puerta para que se abran mil ventanas. Cambia la perspectiva y cambiará tu suerte.

JUNTO A LOS RÍOS DE BABILONIA

Suspiramos en las orillas contemplando el aletear del colibrí que cubre el resplandor de su plumaje con la vida que le recorre. Suspiramos creyendo que lo de ayer fue un mal sueño, una confusión del cansancio. Y que pronto todo volverá a la rutina hermosa, a la complicidad y la creencia. Suspiramos junto a la orilla, porque al otro lado espera siempre al barquero. Suspiramos mientras miramos hacia atrás, creyendo que el roce volverá, que nuestras espaldas requerirán sus caricias y esos besos venerables de buenas noches volverán a su lugar. Suspiramos porque el cielo atraviesa todas las orillas de los ríos de Babilonia, aquellas donde nos sentábamos cogidos de la mano, llorando y recordando a Sión.

Y cuando lo perverso nos arrastró hacia esta tierra extraña, nos llevó a la cautividad

y la separación. Y mientras las noches caen, las meditaciones de nuestro corazón nos abrazan con la fortaleza de ser inseparables a las asperezas de la vida. Oscuras lágrimas caen en las orillas. Oscuros trozos de alma que mueren lentamente ahogados en la pena y en la amarga espera.

LXI

Todos necesitamos nuestro Dios, por eso ten el poder de seguir mirando hacia delante.
Todos necesitamos la complicidad y la creencia de que el cielo nos unirá de nuevo.

SERENIDAD

"Dios me concedió la serenidad de aceptar las cosas que no puedo cambiar… Valor para cambiar las cosas que puedo… Y sabiduría para saber la diferencia…"

Este es el sonido que me acompaña estos días, anhelando el amor, soñando en amor. Cada hora reclamando su segundo, cada instante una eternidad de despropósitos. Un anhelo inmemorial, agotado, con su profundo regreso a la oscuridad errante.

Ahora entiendo todo lo que se desplegó ante mí. Entiendo como el universo es capaz de ofrecernos los mayores regalos jamás imaginados y como nosotros nos encargamos de mancillarlos, de aborrecerlos, de enterrarlos en nuestros dolores y partos. Sobre lo verdadero y lo falso no sabemos nada. Hoy terminará un nuevo día y no sabremos nada sobre el mundo y sus sueños.

La poderosa obra continua. Emitiré los alaridos por el techo de este mundo porque deseo seguir amando, y ser amado. Alejado de la mediocridad, del ruido infernal del no hacer nada, de no pensar nada, de no sentir nada. La vida por delante grita con su clamor para que estemos alertas, atentos a todos los regalos que han de llegar.

Los náufragos esperan su norte mientras el océano, tan misterioso, los acoge dócilmente. Me he atrevido a abrir la boca aunque el eco solo salpique la inmensidad que mece los tableros o un puñado de arena. Mi yo real está de pie, inmerso en su profunda meditación, contemplando el horizonte a la búsqueda de la sabiduría del mañana. Impasible, ileso, apartado de todo decoro. Plantado en la vertical perfecta, vigilante y expectante ante el imperio de la calma. Deseo seguir adelante, sin miedo, con serenidad, valor y sabiduría.

LXII

La esencia siempre estará intacta y de nuevo se abrirá el vasto dominio de la experiencia. Por eso no abandones las ansias de que cada día sea extraordinario y único.

DOLOR Y DUELO

El amor es dolor, ya lo hemos dicho. Ama hasta que te duela. Por eso no es necesario acumular rabia por ello. Se ha de depurar la misma con el dolor, con el dolor intenso que todo lo purifica, que todo lo limpia volviendo las cosas a su lugar ,a su justo equilibrio.

A muchos nos cuesta entender lo maravilloso del dolor, lo balsámico del sufrimiento. Son agentes limpiadores. Nos limpian por dentro, restituyen el equilibrio y amansa para siempre todo lo malo que hemos acumulado durante mucho tiempo.

Por eso, cuando sentimos dolor, debemos saber que es algo bueno. Algo necesario para elevar el alma y nuestra inteligencia a lugares más elevados. Por eso es bueno tomar consciencia del dolor y dejarlo trabajar. Sólo está haciendo su trabajo. Sólo nos está fortificando, haciéndonos más duros, más humanos, más fuertes. Cuando el

dolor se marche, habrá depurado todo nuestro ser y veremos la vida con mayor resolución, con mayor amplitud.

Y ya no habrá rabia que nos paralice, que nos confunda, ni rencor, ni cólera, ni furia, ni ira. El dolor nos devuelve a la vida y despoja de nuestro ser todo aquello irracional que nos ofusca.

Escribía hace algún tiempo unas palabras a una amiga sobre el duelo. Recordaba con ello lo doloroso de los procesos de separación. El apego a los seres queridos, aquellos que están o aquellos que se van suele ser uno de los mayores problemas a los que nos enfrentamos en las relaciones humanas. El apego no deja espacio a la libertad, a la expresión, al dejarse fluir por nuevas experiencias.

El duelo es necesario para advertir la renovación precisa. Y a veces tendemos a regir nuestras vidas presentes por apegos, experiencias o traumas pasados. Alguna vez,

quizás demasiadas, he podido experimentar en mis carnes algo parecido y he condicionado mi vida por cosas que debían haber muerto hace tiempo. Y a su vez, he sido condicionado por segundas personas que seguían ancladas a un pasado remoto.

El duelo es un proceso lento. Uno cree sentirse orientado cuando ha terminado el dolor, pero luego llegan los fantasmas del pasado, el recuerdo inevitable ante los gestos, los guiños, los momentos. A veces me sorprendo a mí mismo llorando por aquellos que ya no están porque es inevitable e incluso necesario. Cuesta rehacer nuestras vidas cuando todo se derrumba. Vagas como un fantasma rogando respuestas a unos porqués imposibles.

Un día, casi sin darte cuenta, descubres que la pregunta estaba mal formulada, que no había respuesta posible y que ya sólo nos queda recuperar el tiempo perdido. Uno nunca sabe como ocurre eso, cual es la

chispa para mover el motor de una nueva vida. La ilusión por vivir, por reinventarse de nuevo y sobrevivir al dolor es algo que aparece de repente, quizás cuando de tanto llorar uno se quedó sin lágrimas. No sé como funciona realmente ese mecanismo pero sé que es así.

Ya sólo nos queda tomarnos estas cosas con cierta calma. Sentir el dolor pero alejándonos poco a poco del tormentoso sufrimiento. Vaciarnos y llenarnos de nuevo. Así es la vida.

LXIII

Tras el necesario duelo y dolor, toca volver a empezar desde la enseñanza y el aprendizaje, limpios de corazón. Toca compartir lo maravilloso que llevamos dentro. Toca abrazar con amor y sabiduría todo cuanto el universo nos regale.

ACEPTACIÓN

Aquella fue una noche dura. Una noche de aceptar lo que no se puede cambiar. Una noche de dolor porque a veces hay cosas que no comprendes hasta que caes en la cuenta de que lo que ocurre siempre es lo mejor. Todas las cosas que suceden, que ya están sucediendo, no puede ser más que dirigidas desde algún perfecto orden que no comprendemos.

Por eso debemos relajarnos y aceptar lo que ocurre. Todo es perfecto, todo está en su mejor momento. Esa es la mejor postura, la postura perfecta, la vibración perfecta. Aceptar lo que la vida nos da, sea bueno o malo, porque siempre ocurre para mejor, para hacernos más humanos, para hacernos más generosos y sensibles con el universo.

Aún así, seguía mirando por la ventana con la esperanza abierta. En ese tiempo aprendí la importancia de esa palabra que ya

había desterrado de mi vocabulario. Por eso, por esperanza aprendí a esperar a que las cosas cambiaran, aprendí a soportar los malos momentos con la fe en que el mañana sería distinto.

La esperanza me mantenía cerca y unido, a pesar de que las circunstancias no eran precisamente halagüeñas. Y ahora noto que ese aprendizaje sigue vivo, por eso, cada vez que un coche entra en mi jardín y escucho el rumor de su motor se me erizan los cabellos. Salgo corriendo a la ventana y… y sigo soñando de nuevo.

Y en ese sueño hay dolor porque a veces nos cuesta aceptar la realidad, nos cuesta comprender que los silencios son señales que nos indican cosas. Pero incluso en el silencio de la noche, al menos en las noches de este último tiempo, me despertaba a cada instante pensando, creyendo que todo era ilusorio y que nada había cambiado. Que todo estaba bien, que podría girar mi cuerpo

y abrazar su cuerpo, que podría extender mi mano y apretar la suya.

Pero resulta que su cuerpo es mi almohada empapada de sudor, de lágrimas, de pena. Resulta que cuando giro mi mano para buscar la suya solo hallo un reguero de vacíos, de amables ausencias que asisten y me asisten. Un silencio inquebrantable, un venero de empeño por creer en esa fuerza superior que mueve todas las cosas, incluidos los corazones humanos.

Tras regar el jardín mientras miraba esa entrada sin puerta, me senté un rato, contemplando el vacío que separa el umbral de la calle y mi mundo. Rozaba con mi dedo un fósil que tenía a mi izquierda bordeando el árbol que sobrevivió a la obra. Mientras lo hacía, recordaba de nuevo las sabias palabras: "Dios me concedió la serenidad de aceptar las cosas que no puedo cambiar"…

LXIV

Debemos aceptar las cosas que pasan con

serenidad y sabiduría. Todo cuanto ocurre busca nuestro bien mayor.

CAMBIEMOS DE LUGAR Y CAMBIARÁ LA SUERTE

A veces fallamos al amor y las cosa ocuren de forma diferente a como habíamos soñado. Entonces es hora de pensar, de analizar con calma qué ha ocurrido para fracasar de nuevo. Especialmente en un tiempo donde cada vez resulta más difícil detenernos a experimentar con calma eso que fútilmente llamamos amor.

Tras casi una hora hablando con un buen amigo sobre los acontecimientos de nuestras vidas con respecto al amor, me gustó la conclusión a la que llegamos: cambiemos de lugar y cambiará nuestra suerte.

Al principio nos referíamos a un lugar físico, pero luego nos hemos dado cuenta que también nos referíamos a un lugar psicológico, una actitud, una forma de ver, entender o interpretar la vida y el amor.

Si cambiamos la perspectiva de las cosas,

seguramente moveremos un séquito de energías nuevas que removerán todo ese encapsulado y corrupto andamiaje que nos tenía anquilosados, atrapados y aturdidos en el desamor.

Así que manos a la obra. Cambiemos de paradigma, cambiemos de mensaje, cambiemos de actitud. Fin del drama, empieza el viaje iniciático, la travesía hacia el otro lado, la nueva experiencia del amor. Comienza la aventura de cambiar de lugar para que cambie nuestra suerte. Porque siempre habrá alguien esperándonos para disfrutar juntos de este maravilloso mundo.

LXV

Solo basta un pequeño y leve movimiento para que todo empiece a cambiar en nuestro alrededor y podamos atraer nuevas experiencias, nuevas personas que enriquecerán nuestras vidas.

REENCUENTRO ONÍRICO

Aquella noche ocurrió algo milagroso. Parecía irreal, parecía un sueño. Estaba regando el jardín cuando de repente vi una silueta que subía por la rampa del coche. Era Ella, sonriente, feliz, con los brazos abiertos, cargados de emoción y cierto nerviosismo. Lo había dejado todo y había venido al encuentro, a la reconciliación, al poder de estar por encima de las cosas infusas.

Dejé la manguera y salí corriendo a su encuentro. Pude ver como sus hermosos e increíbles ojos azules temblaban de alegría. Nos abrazamos fuerte, muy fuerte, como si hubieran pasado cien años desde la última vez. Se abrazaron nuestros cuerpos, pero también nuestras almas y nuestros espíritus. El amor lo había sanado todo y no hizo falta ninguna otra palabra. Solo nuestras miradas profundas y felices, agradecidas por la experiencia y la enseñanza. Nos dimos la

mano, subimos un poco hacia arriba y nos volvimos a abrazar.

Sí, habíamos superado todas las pruebas, habíamos conquistado todos los castillos y habíamos expulsado a todos los guardianes del umbral que tanto esfuerzo habían puesto para que ese abrazo nunca se diera. Habíamos vencido todos los obstáculos y ahora, por fin, de nuevo, nos volvíamos a abrazar.

Llegamos al lugar donde todo empezó. Pusimos y escuchamos "La Forza del Destino", de Verdi, y nos sentamos en el mismo sillón donde aquel maravilloso día nuestros labios se sellaron por primera vez.

LXVI

La vida es tan mágica y maravillosa que parece un sueño. A veces todo es tan increíble que parece un auténtico cuento de hadas. Sólo debemos abrirnos a su magia, aceptar su misterio.

MÁS ALLÁ DE LA TIERRA PURA

Hay un amor puro más allá de todo cuanto conocemos. Aquel que ha observado la templanza y horadado el sendero que conduce hacia la puerta estrecha tiene capacidad para elevarse hacia la montaña cósmica, hacia las tierras puras que son descritas desde las antiguas enseñanzas como ese lugar simbólico donde todo está nivelado, es homogéneo, sagrado, inusual.

Es capaz de visualizar las cuatro fuentes de la vida, los árboles floridos del edén, meditar junto al lago azul atravesado por juncos que crecen libres hacia el cielo. A menudo, en las noches calurosas de verano, Ella se acuesta desnuda en ese manto sublime, escuchando el murmullo de las cosas pequeñas, el rumor de cuanto existe, la grandeza de la noche elocuente que clama ante el sueño. Como una planta, sin dolor,

sin sueños, sin deseos, elevada a la tierra pura donde el valle reclama rodeado por peñas infranqueables y corazones que laten su pureza. Cubierta por remolinos de flores y hierbas altas, aromáticas, que crecen como manto de vida.

Hay en esa tierra abejorros vestidos de terciopelo y mariposas azules. Y bosquecillos plagados de colmenas que tejen la miel del espíritu, compartida con generosidad entre aquellos que atraviesan sublimes los ásperos contornos de la dualidad. El río, siempre fresco, transporta la arena de oro, las esmeraldas que el espíritu recoge para ser compartidas en los palacios de mármol, como esas ricas islas con grandes jardines de laurel que esparcen su riqueza hacia el mundo. Aquel que se eleva a esa tierra pura solo desea volver para compartir esas riquezas con su amor alado.

Porque esa tierra es como la isla de los Bienaventurados. Los puros de corazón lo

saben, y por eso, cuando son capaces de elevarse hasta sus alturas, anulan la realidad que está debajo de ellos, produciendo un efecto placentero de vida heterogénea más allá de lo diverso y lo incompleto. En ese plano paradisíaco son capaces de percibir la superación de la condición humana como requisito imprescindible para comprender la pluralidad dentro de la unidad, la acción dentro de la quietud.

La realización lo rescata de la vida, lo mantiene firmemente anclado al propósito de todo cuanto cubre las esencias de las cosas. Intuye el próximo nivel de realidad sin aniquilarla, por eso fluye manso hacia las esferas de la creatividad abstracta.

La tierra pura es un lugar hermoso donde se puede reposar tras la batalla del ego, tras las adormideras de la ilusión, tras comprobar que la vida finita donde nos movemos, vivimos y tenemos nuestro ser no deja de ser un espejismo mental que creamos según

las derivadas y obstinaciones de nuestra finitud. El que allí ha estado, reencontrándose con su compañera eterna, regresa generoso, honrado, útil, y emprende la laboriosa obra de ser silencioso y a la vez grande en el tejido cósmico de la amplitud, compartiendo todo ese infinito amor que ya nunca olvidará. Allí está Ella, allí me espera.

LXVII

Sólo en los actos puros, en la vida pura, el amor verdadero se manifiesta en su amplitud.

EPÍLOGO: AMOR ES RELACIÓN

Cuidado, responsabilidad, respeto y conocimiento. Estos son, según Erich Fromm, los elementos comunes en toda relación. Hablo de ello en dos libros que estoy escribiendo a la vez mientras trabajo en esta segunda edición de "Ama hasta que te duela". En uno reflexiono sobre la asexualidad y en el otro sobre "amor es relación", un título que estamos preparando conjuntamente con el amigo Ramiro Calle.

Resulta difícil profundizar en el amor cuando es algo tan poderoso como para mover y sostener universos y tan frágil como para que se nos escape del entendimiento humano sin poder siquiera saborear un ápice de su esencia verdadera.

Creemos muchas veces que amar es lamentarse, regocijarse en las relaciones dependientes, basadas muchas veces en la

autoridad o el poder, en el egoísmo y la confusión más pueril. Pero la fórmula de Erich Fromm es bien simple: cuidémonos, responsabilicémonos, respetémonos y hagamos un esfuerzo para conocernos a nosotros mismos y de paso, para conocer al otro. Siendo una fórmula tan sencilla, ¿por qué nos cuesta tanto alcanzarla y ponerla en práctica?

Alguien dijo alguna vez que no es rico el que tiene mucho, sino el que da mucho. En ese sentido somos una sociedad bastante avara, porque siempre estamos pensando desde la pérdida. Somos, por mucho que poseamos, indigentes y seres empobrecidos.

¿Cómo salir de esa indigencia social y personal? Relacionándonos, ayudando al otro, compartiendo momentos felices y amables, porque el que da realmente no es aquel que da cosas, sino experiencias enriquecedoras, el que da armonía y paz, el que ofrece belleza y ternura al otro,

sabiduría, equilibiro y bienestar. Son las propiedades interiores las verdaderas riquezas. Las cosas materiales son sólo cosas. Pero las perlas interiores, el dominio de lo específicamente humano, como nos decía Fromm, es el mayor bien que podemos dar. Por eso lo mejor que podemos ofrecer está en nosotros mismos, aquello que nos hace procurar vida, dando lo mejor de nosotros, lo que nos hace nobles y humanos que no es otra cosa que el amor.

El amor, nos dice Fromm, es la preocupación activa por la vida y el crecimiento de lo que amamos. Se ama aquello por lo que se trabaja, aquello que cuidamos y protegemos, aquello a lo que nos acercamos con responsabilidad y respeto, y siempre, con conocimiento. Amar es relacionarnos y trabajar activamente en que esa relación sea duradera, amable, sencilla y enriquecedora para ambas partes. Eso requiere trabajo, mucho trabajo, y

conocimiento, mucho conocimiento. Sea como sea, no dejemos nunca de amar, aunque duela.

AMA HASTA QUE TE DUELA

«Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) -www.cedro.org- si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra».

Primera Edición: Septiembre de 2011
Segunda Edición: Diciembre de 2013

© 2011-2013 JAVIER LEÓN
© Editorial Nous

Calle de las Minas, 13. 28004. Madrid
nous@editorialnous.com
ISBN: ISBN: 978-84-940023-8-0
Depósito Legal: M-32719-2013
Producción: Noumicon
Idea editorial: Carmen Macias
www.editorialnous.com

EDITADO EN LA MONTAÑA DE LOS ÁNGELES